
**Ministerio de
Producción, Ciencia y Tecnología del
Gobierno de Santa Fe -
Asociación Civil pro
Comunidades Rurales Integrales con Arraigo
(CRIA)**



Proyecto:
**“Ensayo productivo y sociológico del
manejo colaborativo de un predio rural”**

Informe final sociológico:
**“El sudor de la tierra.
Génesis de un proceso de producción en
situación de un grupo rural de Santa Fe”**

Autor contratado por la asociación:
Lic. Germán Giupponi

Santa Fe, Argentina, febrero del 2023

Índice

Agradecimientos.....	III
Resumen	IV

Contenido

I. El por qué, el para qué y el cómo	1
1. Las razones y las expectativas societales del proyecto de la asociación.....	1
2. Las expectativas científicas del proyecto.....	5
3. Las expectativas, las razones y las estrategias sociológicas.....	6
4. Las estrategias etnográficas.....	10
II. La investigación sociológica y etnográfica	11
1. El grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo.....	11
2. Un primer sopesamiento.....	13
2.1. Muchas fortalezas y una debilidad.....	14
2.1.1. La fortaleza en la producción cooperativa y autosustentable.....	15
2.1.2. La fortaleza y la debilidad en la producción retribuida y rentable.....	21
2.1.3. Las fortalezas en la producción regularizada y continuada.....	23
2.2. Otras fortalezas.....	24
2.2.1. La fortaleza en el interés para la producción.....	26
2.2.2. La fortaleza en la autonomía para la producción	29
2.2.3. La fortaleza en la comunidad de producción	31
3. Un segundo sopesamiento	36
3.1. Varias oportunidades y amenazas.....	37
3.2. Otras oportunidades y amenazas.....	40
III. La conclusión sociológica	44
1. La semilla y el clima del sudor de la tierra	44
2. Algunas recomendaciones para experiencias futuras	44

Bibliografía	48
Fuente documental de base	49
Sobre el autor	50

Tablas

Tabla 1.....	13
Tabla 2.....	37

Figuras

Figura 1	16
Figura 2	17
Figura 3	17
Figura 4	18
Figura 5	18
Figura 6	19
Figura 7	19
Figura 8	32
Figura 9	33
Figura 10.....	33
Figura 11.....	34
Figura 12.....	34

Agradecimientos

A la Asociación Civil Pro Comunidades Rurales Integrales con Arraigo (CRIA), principalmente a su presidente. Por seguir luchando por una sociedad más justa, creyendo que algo del intento de solución está en la sociología.

A la Subsecretaría de Proyectos Científicos Tecnológicos del Gobierno de Santa Fe, ante todo a su subsecretaria. Por confiar en el proyecto.

A la familia Piedrabuena. Por abrirle a la experiencia la tranquera de su hogar.

Al grupo rural Piedrabuena. Por arrojarse a ser agentes de su liberación.

Resumen

La conclusión sociológica de síntesis que se leerá en este informe es la siguiente. El *Ensayo productivo y sociológico del manejo colaborativo de un predio rural* fue la génesis de un proceso de producción en situación de un grupo rural de Santa Fe: el grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo; donde: 1) aunque la situación fue favorable y también adversa; 2) la génesis fue más lograda que fallida.

Esta conclusión se fundamenta en algunos conceptos orientadores provenientes de la sociología. Como en los conceptos de "producción", "interés", "autonomía" y "comunidad", definidos con apoyo en las ideas de sociólogos clásicos y actuales. Ideas de ciertos referentes, por ejemplo, Max Weber.

Fundamentada en esos conceptos, la conclusión resulta de una investigación que fue concretada usando un enfoque habitual de la sociología y central de la antropología: la etnografía. El trabajo de campo etnográfico, local y longitudinal, implicó el uso de un amplio repertorio de recursos y técnicas para acceder y tratar ciertas fuentes: desde la asistencia al predio del grupo en la localidad de Ángel Gallardo hasta lecturas detenidas de algunos documentos de la asociación.

Palabras clave: grupos rurales, grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo, producción integral, interés, autonomía, comunidad

I. El por qué, el para qué y el cómo

Nuestras investigaciones no valdrían la pena si no debieran tener más que un interés especulativo

Émile Durkheim, *La división del trabajo social*

1. Las razones y las expectativas sociales del proyecto de la asociación

Es claro el *obstáculo* que fundamentó el proyecto que sustenta este informe final sociológico. El proyecto diagnosticaba, como un problema que demanda un intento de solución, una *carencia* de la circunstancia y la atmósfera de la sociedad donde vivimos: la *pobreza* y la *vulnerabilidad de algunas familias y personas*.

Concretamente, el proyecto *Ensayo productivo y sociológico del manejo colaborativo de un predio rural*, elaborado por la Asociación Civil Pro Comunidades Rurales Integrales con Arraigo (2021); como "breve justificación" se refería a "pequeños grupos de familias que necesitan mejorar la satisfacción de sus necesidades más acuciantes: alimentación, vivienda, trabajo" (p. 2). Agregando que son "familias, potencialmente desempleadas (o con empleos de baja calidad)" (p. 3).

Aunque las palabras no eran justamente "pobreza" ni "vulnerabilidad", los significados insinuaban ambas ideas.

Por un lado, la necesidad de mejora de la satisfacción de las necesidades más acuciantes se conecta con las "necesidades básicas insatisfechas", que son un índice de la pobreza. Como plantea la socióloga argentina Alicia Gutiérrez (2015), las NBI son una de las dos grandes claves para identificar el número de pobres. Específicamente, detectan los pobres estructurales: la carencia de acceso de los hogares a bienes y servicios básicos. Como un alimento nutritivo, una vestimenta abrigada, una vivienda habitable, el agua potable, el gas natural, la luz eléctrica, la educación formal y la salud pública. La otra gran clave para identificar el número de pobres es la "línea". Que detecta los pauperizados y, en ellos, los nuevos pobres: la carencia de ingreso de los hogares para el consumo de la canasta básica de bienes y servicios, definida por las reglas de consumo de la sociedad. La "línea de pobreza" es la más alta. Y, la "línea de indigencia", la más baja (pp. 18-21, 60, 121).

Por el otro lado, el desempleo puede unirse al empleo de baja calidad como trabajo injusto, trabajo informal y trabajo breve. Derivando su unidad en un trabajo constantemente inestable. Y, así, en lo que el sociólogo uruguayo-argentino Denis Merklen (2000) llama "vulnerabilidad". La vulnerabilidad como la permanente restricción de la economía actual a las personas de los sectores populares para conseguir un trabajo y, más aún, un trabajo decente: un trabajo justo, bien pago,

proporcional al esfuerzo; un trabajo formal, en blanco, con aportes para la salud y la jubilación y, de esa forma, con cobertura para la enfermedad y la vejez; un trabajo fijo, a largo plazo (pp. 81-82, 106, 117-119).

También es clara la *utilidad* que orientaba al proyecto respecto de ese obstáculo. Como fin central, de intervención, se quería una *mejora* de la carencia diagnosticada, el *alivio de la pobreza y la vulnerabilidad*. Y, como medio, una *producción: autosustentable, rentable, retribuida, regularizada y continuada*.

En el *Ensayo*, respecto de las familias “que necesitan mejorar la satisfacción de sus necesidades más acuciantes” y que son “desempleadas” o tienen “empleos de baja calidad”; CRIA (2021) proyectaba como el primero de los “resultados a obtener” el *autosustento*. Planificaba “afianzar un modelo productivo sustentable” o “autosustentable” (pp. 2-3). Con un “plan productivo” desde el “autoabastecimiento alimentario, tanto de los participantes como de los animales a criar” (pp. 3-4).

El autosustento suponía principalmente la *agricultura* y la *avicultura*. Para impulsarlo, se planificaba “la implantación en una parte del lote de componentes vegetales tipo milpa criolla con semillas autóctonas”. Una “huerta de otras variedades seguras y nutritivas (papa, repollo, batata, tomate) y forraje verde para los animales”. Y la “cría de pollos de campo, conejos en semi-libertad o similar, lo cual garantiza una dieta balanceada en proteínas” (p. 4). También, como el segundo de los “resultados a obtener”, se proyectaba:

Recuperar saberes campesinos como la milpa y el manejo agrosilvopastoril, los cuales: aumentan la producción de granos básicos en la milpa; diversifican los cultivos en la parcela, reduciendo así su vulnerabilidad ante pérdidas de determinadas cosechas (como consecuencia de plagas, enfermedades y efectos climáticos adversos); diversifican las fuentes de alimentos al contar con varias clases de cultivos, los cuales pueden cosecharse en diferentes épocas del año; mantienen y mejoran la humedad del suelo de sus parcelas durante épocas críticas de sequía; evitan la erosión del suelo en sus parcelas; recuperan progresivamente la fertilidad del suelo, gracias a la introducción de diferentes prácticas o tecnologías; aumentan la cobertura boscosa; minimizan riesgos de deslaves en terrenos de ladera; disponen de leña proveniente de las podas de árboles de la parcela (p. 3).

Además, la *agricultura* y la *avicultura* se pensaban de forma implícita como partes de un agro y una ruralidad *capaces de crear puestos de trabajo suficientes*. Exactamente al revés de lo que de manera explícita se pensaba de la industria y la ciudad. El “modelo” planificado se conectaba con unas “hipótesis” y una “tesis” (p. 2). Hipótesis y tesis planteadas desde la experiencia de algunos participantes de la asociación. Pero no contrastables en el desarrollo del mismo proyecto, por exceder su alcance. Es decir, más que “hipótesis” y “tesis”, eran supuestos. Y, precisamente, el primero describía que: “existen pocas posibilidades de generar nuevos empleos industriales genuinos en las ciudades o sus vecindades, al estilo desarrollista. Dicho modelo no ha resultado sustentable, al menos en nuestro país” (p. 2).

Aún más, la agricultura y la avicultura se pensaban como actividades a desarrollarse *no en una tierra de propiedad privada, sino mixta*.

La segunda "hipótesis", o el segundo supuesto, explicaba que la propiedad privada de la tierra incita a la concentración de la misma tierra, el monocultivo o ambas. Y a la expulsión del campesino del campo a la ciudad, que termina colapsada. El campesino es forzado a emigrar, porque comprar un terreno le es sumamente caro. Y dado que, incluso comprar un terreno chico, le demanda demasiado endeudamiento. Hasta ahí, el explícito. El implícito era que el alquiler de un terreno más o menos mediano o grande no es imposible, pero sí muy improbable. Y que el alquiler de un terreno chico es la única opción posible y factible.

El emprendimiento agrario individualista asociado con la propiedad privada absoluta es funcional a la concentración de la tierra (o del monocultivo, o de ambos), y expulsa la población rural hacia las ciudades, haciéndolas finalmente insostenibles. El concepto de "unidad económica" sólo es accesible a un número muy pequeño de ciudadanos, con capital suficiente para adquirir/arrendar esa tierra y ponerla en producción: un monto no alcanzable para la clase trabajadora. Los campesinos consiguen a lo sumo la tenencia de pequeñas parcelas, que requieren un esfuerzo excesivo y no les permiten progresar: muchas veces se endeudan más allá de sus capacidades y se ven forzados a abandonarlas en beneficio de capitales mayores, con lo cual el modelo se concentra aún más (p. 2).

Por su parte, la tercera "hipótesis", o el tercer supuesto, agregaba que hay experiencias anteriores de propiedad privada y también común de la tierra que fueron exitosas. De otros períodos de la historia. Como las misiones desarrolladas por los sacerdotes de la Compañía de Jesús en América en el siglo XVII. Y de otros territorios del país y el mundo. Como la cooperativa CAUQUEVA desarrollada desde los 90 por agricultores de Jujuy. O la comunidad East Wind desarrollada desde los 70 en Missouri, Estados Unidos, por personas de perfil comunitarista.

Existen manejos alternativos, que combinan la propiedad privada de la tierra con la comunitaria y se sostienen en el tiempo, aquí y en el exterior, actuales e históricos; y han demostrado su efectividad al repartir el esfuerzo y las inversiones, permitiendo la diversificación de la producción y el autoabastecimiento alimentario, alcanzando así la sustentabilidad económica, ecológica y social. La "propiedad comunitaria indígena" es inspiradora (artículo 75 de nuestra Constitución), pero también algunas granjas pioneras de Israel (sobre todo las de esquema mixto colectivo-familiar), los pueblos montañoses europeos, misiones jesuíticas en Latinoamérica, comunidades intencionales (East Wind en EEUU, Findhorn en Escocia...), el manejo tradicional del comunal en la España del Norte, CAUQUEVA en Jujuy, descendientes diaguitas en los Valles Calchaquíes, etc. (p. 2).

Todavía más, la agricultura y la avicultura se pensaban desarrollándose *usando técnicas ecológicas*. Se planificaba la "sustentabilidad ecológica del predio (todas las actividades se realizarán con insumos orgánicos y manteniendo el nivel de los recursos)". Al respecto, "se solicitará el asesoramiento en estos aspectos por parte del INTA y la FAVE-UNL (Esperanza)" (p. 4).

A su vez, la agricultura y la avicultura se pensaban *centradas en el cooperativismo*, como corriente económica antagónica al neoliberalismo. Un cooperativismo primitivo y genuino, configurado por el valor que le da nombre, la cooperación, contraria a la competencia. Y por otros valores, como la comunidad, la autonomía y la educación. Simultáneos a otros más, constitutivos de un ruralismo y un humanismo implícitos, como la repoblación del campo, la convivencia, la intimidad y la individualidad, diferente del individualismo.

[El primero de los "objetivos" se centraba en] [...] la producción de alimentos atribuible al modo cooperativo de trabajo rural [...] (p. 1).

[El tercer y último de los "objetivos" era] Reforzar la cultura de la convivencia y la cooperación [...] (p. 1).

Tesis: la solución pasa por la repoblación paulatina del campo siguiendo un esquema comunitario y democrático de organización del trabajo rural y afincamiento en el territorio, que garantice la intimidad familiar e individual [...]. El verdadero cooperativismo nos brinda el eje sobre el que se puede empezar a construir firmemente (p. 2).

[El cuarto y último de los "resultados a obtener" era] Internalizar los principios del cooperativismo primigenio: solidaridad, democracia, educación continua, etc.; hacia una economía social con una escala de valores alternativa a la del neoliberalismo (p. 3).

[Respecto del "abordaje"] El objetivo es comprender el enfoque cooperativo del trabajo, en coexistencia con el respeto por la individualidad y la intimidad de todos los participantes y familias. Se trata de la formación de una verdadera comunidad, en el que cada cual pone lo mejor de sí y trata de superar su individualismo competitivo (p. 3).

[Y, respecto de la "evaluación", se giraba alrededor de] [...] todos los aspectos importantes de la evolución del proyecto [...] incluyendo valores no materiales, como la convivencia, la autonomía, la sustentabilidad ecológica... (p. 4) [El subrayado es del autor del informe].

Ahora bien, el autosustento no impedía la *rentabilidad*. Aparte del autoabastecimiento alimentario, se planificaba la "obtención de ingresos monetarios adicionales para satisfacer las demás necesidades básicas y un superávit apropiado". Al "organizar la comercialización del excedente y/o los productos elaborados" (p. 4).

Tampoco el autosustento impedía la *retribución*. También se planificaban "salarios", como una "retribución acorde" al "trabajo productivo". En singular, se estimaba "en 10 meses de \$36.000 en total por este concepto, con horarios reducidos para cada trabajador" (p. 6).

Sin embargo, el autosustento sí implicaba una *regularización*. O el registro de la agricultura y la avicultura como actividades. Para llegar a crear una cooperativa, como organización inscripta en el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES). El tercero de los "resultados a obtener" era:

[La] Creación y formalización de un Proyecto Productivo (forma de asociación simple aceptada por el INAES, con capacidad de facturar) entre los trabajadores participantes, como paso inicial hacia la formación de una cooperativa y la obtención de sus respectivas matrículas definitivas (p. 3).

Por último, el autosustento tendía a la *continuación*. El tercero de los "objetivos" proyectaba ir hacia la "sostenibilidad" de "este tipo de ensayos" (p. 1). De forma puntual, para la "resiliencia" de los "componentes vegetales", se planificaba la "diversidad" de "huerta". Y, para la "replicabilidad del ciclo", la "producción" y el "almacenamiento de semillas propias" (p. 4).

Si la utilidad se concretaba, si el grupo rural aliviaba su pobreza y vulnerabilidad produciendo de forma autosustentable, rentable, retribuida, regularizada y continuada; se quería la *repetición* del mismo proyecto en otros grupos. Se proyectaba que el esquema, "preferiblemente de pequeña escala", resultara "factible de ser replicado en muchas partes del país" (p. 2). O que se alcanzara "la replicabilidad de este tipo de ensayos" (p. 1).

2. Las expectativas científicas del proyecto

Tampoco es dudosa la *búsqueda* que atravesaba al proyecto, en simultáneo a esa utilidad. Como fin complementario al de intervención, como fin de investigación, se quería hacer una *exploración alrededor de la experiencia*.

Por un lado, se deseaba hacer una doble identificación: cuantificar la incidencia de la cooperación en la producción; y comprender las creencias de los protagonistas de esa producción, y de personas cercanas, sobre la misma producción.

Los dos primeros "objetivos" eran:

- 1) Cuantificar el efecto sobre la producción de alimentos atribuible al modo cooperativo de trabajo rural [...].
- 2) Estudiar y comprender la percepción subjetiva de los productores participantes (y otras personas afines) sobre las condiciones del trabajo colaborativo planificado, la organización, toma de decisiones, resultados obtenidos, etc. [...] (p. 1).

Por el otro lado, se deseaba hacer una evaluación constante y final: cuantificar los avances y los resultados relativos a los valores del proyecto, mientras se desarrollaba y después de cerrado, intentando mejorarlo.

El último paso del "plan de trabajo" (p. 3) era:

[La] Evaluación y adaptación socio-económica integral y continua. Cuantificar todos los aspectos importantes de la evolución del proyecto y ensayar distintos tipos de evaluaciones, incluyendo valores no materiales, como la convivencia, la autonomía, la sustentabilidad ecológica... (p. 4).

Quizás, sí sea algo dudoso el *trasfondo* de la exploración querida. No tanto sobre qué fundamentaba la evaluación general como sobre qué fundamentaba la evaluación cuantitativa y la identificación de la incidencia cooperativa y las creencias. El fundamento de la evaluación general, aunque no se afirmaba, se insinuaba: si no se evaluaba, el proyecto podía desviarse de sus valores iniciales en su desarrollo o

su repetición en otros grupos. Si bien no ocurría lo mismo con la evaluación cuantitativa, donde cabía interpelar el fundamento, ni afirmado ni insinuado, de la cuantificación de los avances y los resultados. Algo semejante ocurría con el fundamento de la identificación de la incidencia cooperativa y las creencias. ¿Por qué cuantificar y comprender? Por ejemplo, ¿por qué no reemplazar el cálculo de la cantidad por un testeo de la calidad de la producción en cooperación? ¿O, la comprensión de las creencias, por la observación de las prácticas de producción?

3. Las expectativas, las razones y las estrategias sociológicas

Con el proyecto como disparador, fui convocado por la asociación para encargarme de la *búsqueda sociológica*. En principio, se me pidió que usara la perspectiva de la sociología para *comprender las creencias sobre la producción de los protagonistas y las personas cercanas*. Mientras el proyecto se desarrollaba y hacia su cierre, se me agregó que usara la sociología para "evaluar" el mismo proyecto.

La asociación me convocó a mediados de octubre del 2021. Dos meses después de haber presentado el proyecto a la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación del Gobierno de Santa Fe¹. Con lo que mi entrada al equipo de trabajo fue posterior a su conformación. La búsqueda sociológica había sido encargada primero al Instituto de Estudios Sociales (INES). Instituto dependiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y también de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). Pero el instituto terminó sin participar. Quizás, por alguna de las situaciones tradicionales que suelen ocurrir en la academia. Como la escasez de tiempo para cada trabajo de reflexión, investigación o docencia, por el exceso de trabajos que se afrontan en simultaneidad.

Fuera como fuera, la asociación me convocó mediante su fundador principal, presidente y participante más activo². Intelectual con una larga, fructífera y prestigiosa trayectoria en la ciencia de la Argentina, desde el área de la ingeniería química y principalmente la matemática. Y con quien, desde entonces, fuimos estableciendo una relación cada vez más profunda. En el plano científico, intentamos sin renunciar la siempre difícil pero imprescindible cooperación entre las diversas ciencias. O lo que el sociólogo y, más ampliamente, pensador francés Edgar Morin ([1994] 1998) llama "interdisciplinariedad" (p. 8). En el plano personal, logramos adentrarnos no sólo en los saberes heterogéneos de nuestras disciplinas, sino

¹ El proyecto se presentó en particular a la Subsecretaría de Proyectos Científicos Tecnológicos. Y, en general, al Ministerio de Producción, Ciencia y Tecnología del Gobierno de Santa Fe. Cuyo gobernador, entre diciembre del 2019 y diciembre del 2023, es Omar Perotti, del Partido Justicialista.

² Siguiendo la tradición de la etnografía, que indica a quien la usa preservar a las personas que devienen sus informantes, no nombro al hiperprotagonista de la asociación. Por el mismo fundamento, tampoco voy a identificar con sus nombres ni apellidos verdaderos a ninguna persona que haya participado de una u otra forma en el desarrollo del proyecto.

también en las creencias, las prácticas y las emociones variadas de nuestras biografías. Nos fuimos descubriendo como “científicos” a favor de la interdisciplina y también como “personas” constituidas de forma recíproca con otras. En el sentido clásico que el sociólogo estadounidense George Herbert Mead ([1934] 1973) le da al término “persona”: como ser humano autoconsciente, condicionado por su comunicación con otros seres humanos (pp. 168-170).

Desde su perfil científico, el presidente de la asociación me invitó a hacer la búsqueda sociológica siguiendo el método planificado en el proyecto, un método con apoyo en la psicología: la metodología Q. Por ser sociólogo, estar por recibirme de antropólogo y haber comprobado muchas veces su potencialidad³, le ofrecí reemplazarlo por un *enfoque habitual de la sociología y central de la antropología: la etnografía*. La etnografía era, y sigue siendo, el enfoque de mi especialidad. Pero, ante todo, era un enfoque sin igual para un proyecto como el que se quería desarrollar. Porque, a diferencia de otros enfoques, implicaba sumergirse en el mundo de los participantes del grupo rural, que es su mundo de la vida. Y hacerlo desde un respeto básico que, lejos de la estigmatización y también la romantización, habilitaba a comprenderlo. Con un antropólogo pionero en la construcción y el uso de la etnografía, el polaco Bronislaw Malinowski ([1922] 1986); puedo sostener que la idea era “llegar a captar el punto de vista” (p. 41) de los participantes del grupo. No mediante los “prejuicios”, sino mediante la “tolerancia” (p. 505) y el “tomar parte” (p. 25) respecto del mismo grupo que conformaban.

Desde su perfil personal, el presidente también supuso que, aceptando su convocatoria, yo había aceptado entrar a la asociación. Lo que, en verdad, no ocurrió. En ningún momento quise asociarme. Pero no dado que tuviera inconvenientes personales con la asociación o alguno de sus participantes, sí asociados. Al contrario, quise evitar tener inconvenientes, inconvenientes científicos. Deseé adoptar una *actitud clásica de la sociología: el impulso de un saber sociológico no sesgado por creencias sociales*. O, más precisamente, eludir la alta cautela metódica que hubiera necesitado para que mi membresía no tiñera mi comprensión como sociólogo con las opiniones de la asociación. Opiniones que, por mi propia biografía atravesada por experiencias afines, yo mismo sostenía en varios sentidos. Que no quitaba que, en paralelo, necesitara interiorizarme en el entramado de la asociación para poder comprenderla. Siguiendo a la antropóloga argentina Elena Achilli (2015), combiné mi “extrañamiento” a la asociación con mi “familiarización” con ella (p. 70).

³ En investigaciones de tipo más académico y también en investigaciones de tipo más público, como esta. Por un lado, investigaciones sobre la religión de la Argentina de hoy. Por el otro lado, investigaciones sobre el trabajo y la salud, en nuestro territorio y período. Al respecto, sólo como muestra, ver: Giupponi (2017) y Trevignani, Stehli, Giupponi y Beltramino (2018). Hay ediciones virtuales de ambas investigaciones.

Es decir, por un lado, quise acercarme todo lo posible al mundo del grupo y el entramado de la asociación, para comprenderlos; pero, por otro lado, quise alejarme al máximo del enjuiciamiento al grupo y la evaluación de la asociación, justamente para no obstaculizar esa comprensión. Acorde con el sociólogo alemán Norbert Elias ([1956] 1990), quise que "las tendencias hacia el distanciamiento y hacia el compromiso" (p. 14) se inclinaran al distanciamiento, aunque no del todo.

Entonces, a mi aceptación de la convocatoria de la asociación no la definí como una aprobación de entrada, sino de asesoramiento, a la misma asociación. Pero, para empezar a asesorarla, lo primero que hice fue seguir el principio sociológico que indica relacionar, y no aislar, los fenómenos de interés. De acuerdo con el sociólogo francés Philippe Corcuff ([2007] 2013), adopté el clásico "relacionismo metodológico" (p. 27). Y, así, introduje a la misma asociación, y al resto de los componentes del entorno directo del grupo, dentro de los límites del caso de investigación. Con lo que las *creencias a comprender*, aparte de las *de los protagonistas*, ya no eran simplemente las de las personas cercanas. Ahora eran específicamente las *de los asociados y otros actores ambientales inmediatos*.

El *fundamento para comprender esas creencias*, ausente en el proyecto, pero posible de construirse desde las ciencias sociales, se podía subdividir en tres. Cada uno, apoyado en ciertas reflexiones de la tradición sociológica y antropológica.

El primero, recuperado del sociólogo inglés Anthony Giddens ([1984] 2011), era que *comprender las creencias es entender una condición de la sociedad*. Las creencias de los actores sociales pueden ser comprensiones, como suelen ser las de los científicos sociales. Aunque, en lugar de ser especializadas o construidas con experticia, en principio son legas o construidas con la cotidianeidad. Pero, para las comprensiones expertas, las cotidianas son sus materiales imprescindibles: lo que captan y no pueden dejar de captar para captar la sociedad, que en un sentido central está hecha con ellas (pp. 34-35). Comprender las creencias sobre la producción de los participantes del grupo, la asociación y otros grupos circundantes era entender una condición de la misma producción. Y no sólo algunas representaciones sobre ella. Si un protagonista creía que había sido inconveniente preparar la tierra con un tractor, se representaba de forma tradicional la producción que había sido impulsaba. Pero también condicionaba la producción que se iba a desarrollar en adelante.

El segundo fundamento era que *comprender las creencias ajenas ayuda a respetar a quien las sostiene*. Si, como explica Malinowski (1986), la comprensión científico social de la comprensión social bebe del respeto básico de aquella a esta, lo inverso también es verdad. El respeto que los científicos sociales deben dar a la diversidad de los actores sociales que estudian abreva en las comprensiones de sus propias comprensiones (p. 505). Comprender las creencias de los participantes del

grupo ayudó a respetar a un tipo de otro que en la sociedad latinoamericana suele ser todo lo contrario. Que, como muestra Gutiérrez (2015), al menos desde fines del siglo XIX suele ser estigmatizado por ser el portador de la pobreza. O de una enfermedad susceptible de infección a los otros órganos del cuerpo que es la sociedad, o de una amenaza para ella (pp. 127-132). Más allá de que se deslegitime a la "pobreza", y no al "pobre". La sustantivación no oculta que el "pobre" es la persona donde la "pobreza" se corporiza. Y, si la "pobreza" es una "enfermedad" o una "amenaza", el "pobre" que la hace cuerpo es un "contagiado" o un "peligro".

El tercer y último fundamento fue recuperado del sociólogo estadounidense Charles Ragin ([1994] 2007). Y era que las creencias de los actores pobres y vulnerables, como esos actores en sí mismos, suelen ser imperceptibles para el resto de los actores de la sociedad. Comprenderlas es una forma que tienen los científicos sociales para volverlas más perceptibles (pp. 89-92), siempre que las publiquen en otros circuitos de la sociedad que trasciendan la academia. Comprender las creencias de los participantes del grupo habilitó a que lo que la asociación quería de ellos fuera esperar algo que también se daba. O que la cooperación implicara cooperar con ellos. Colaborando a darles voz en un mundo que no deja de silenciarlos.

Ahora bien, aparte de comprender las creencias, la asociación me había encargado "evaluar" el proyecto. Ocurre que, por el necesario distanciamiento sociológico, la "evaluación" sociológica no debía ser precisamente una evaluación. Si valía usar el término para darle un nombre al ejercicio de la retrospectiva sociológica, no lo era en el sentido del enjuiciamiento, sino del sopesamiento.

Si iba a "evaluar", no podía elaborar un juzgamiento de la cercanía o la lejanía de los participantes a mis valores. Ni impulsar partidismos sobre sus propios juicios. Ni tampoco recuperar esas sentencias suyas como materiales imprescindibles. No cabían mis fallos sobre la bondad o la maldad de un protagonista creyente en la inconveniencia del tractor para la preparación de la tierra. Ni mis fallos a favor de los detractores del tractor, en contra de sus defensores, o viceversa. Ni tampoco sus fallos pro o anti tractor, como si fueran mis insumos indispensables.

En cambio, debía elaborar un balance de medios, fines y consecuencias. Considerando si los medios de los participantes se adecuaban a sus fines y, sus fines, a sus situaciones, y qué consecuencias se derivaban de sus medios, más allá de sus fines. En consonancia con el clásico sociólogo alemán Max Weber ([1904] 2006), tenía que hacer una "crítica técnica" (p. 42).

Sin embargo, la crítica técnica sí me demandaba recuperar otras creencias de los participantes como materiales imprescindibles. En especial, sus informaciones y conocimientos. O sus historizaciones, contextualizaciones y narraciones sobre la producción. Y sus exploraciones, descripciones, clasificaciones, comparaciones,

comprensiones y explicaciones al respecto. Necesitaba buscar sus datos de cuándo, dónde, quién y con qué se producía algo. Y sus conceptos sobre el qué, el cómo, el para qué y el porqué de ese producir.

Recordemos que el fin de intervención de los participantes de la asociación se insinuaba como aliviar la pobreza y la vulnerabilidad de los participantes del grupo. Y que el medio para ese fin, también insinuado, era producir de forma autosustentable, rentable, retribuida, regularizada y continuada. Para chequear si la generación de huevos de gallina se ajustaba al apaciguamiento de la insatisfacción de alimento, tenía que saber si los protagonistas los consumían. Y, para saberlo, tenía que comunicarme con ellos. Como hice con una protagonista. Que me informó que a los dos primeros se los habían regalado a un familiar que vivía en el predio, por controlar a las pollas en su ausencia. O, para captar por qué las pollitas que devendrían pollas ponedoras querían tanta agua, tenía que saber qué pieza de su cuidado se ponía en juego. A su vez, para saberlo, tenía que hablar con quien pudiera saberlo. Como hice con ese familiar que vivía en el predio. Un familiar que aportaba su saber agrario y que me explicó que el alimento, seco, les daba sed.

Desde ya, la crítica técnica también me demandaba recuperar más que las creencias de los participantes. Concretamente, sus prácticas, emociones y materialidades. No me era impostergable escuchar de los protagonistas que les daban agua a las gallinas, cuando observaba que lo hacían. Ni lo era escuchar de un asociado que se sentía angustiado, por las gallinas o lo que fuera, cuando lo observaba alejado, solo y con los ojos húmedos. Ni tampoco lo era escuchar de una familiar que su vida estaba atravesada por el trabajo a destajo, cuando observaba sus pies hinchados, su torso torcido, su cuello abultado.

Como se ve, mi comprensión sociológica del propio encargo que me había hecho la asociación me llevó a unir las dos tareas que lo constituían. No es que intentara, por un lado, comprender las creencias y, por el otro, sopesar el proyecto. Lo que intenté fue lograr lo primero, agregándole otros intentos complementarios, como comprender las prácticas, las emociones y las materialidades. Para, en definitiva, intentar lograr lo segundo.

4. Las estrategias etnográficas

Para hacer el intento desde la etnografía, necesité construir el campo etnográfico, el trabajo a hacer sobre él, y los recursos y las técnicas para eso⁴.

⁴ En las investigaciones etnográficas, aclarar que el campo y el trabajo sobre él son "etnográficos" es una redundancia. Pero, acá, es una aclaración inevitable. Como es esperable, el proyecto implicó un campo y un trabajo de campo etnográficos, pero también un campo y un trabajo de campo "rurales".

El *campo etnográfico* incluyó todo aquello que vivían los participantes del grupo rural, la asociación y otros grupos circundantes, principalmente la familia del grupo y la subsecretaría legitimadora del proyecto. No me sumergí en toda su vida como participantes. Pero sí en las partes suficientes como para comprender cuáles eran sus creencias, prácticas, emociones y materialidades alrededor de la producción.

El *trabajo de campo etnográfico*, entonces, fue un trabajo sobre esas vivencias. Un trabajo que fue local y longitudinal. Hecho en la provincia de la Argentina donde resido: Santa Fe. Y realizado durante poco más de un año. Con una primera entrada al campo etnográfico en octubre del 2021, cuando fui convocado al proyecto, y una última incursión en noviembre del 2022, cuando el proyecto se cerró.

Ese trabajo de campo etnográfico, concretamente, implicó el uso de un amplio repertorio de recursos y técnicas para acceder y tratar ciertas fuentes sobre las vivencias correspondientes. Entre los *recursos*, sobresalieron: la asistencia al predio del grupo en la localidad de Ángel Gallardo y la sede de la asociación en la ciudad de Santa Fe; la participación en múltiples encuentros de conversación entre el grupo y la asociación; el contacto con protagonistas del grupo, la asociación, la familia y la subsecretaría de diferentes géneros, edades, trayectorias, roles e ideologías; y el recogimiento de algunos documentos de la asociación. Entre las *técnicas*, por su parte, hubo: observaciones cercanas de esos lugares; observaciones participantes y atenciones inmersivas en esos encuentros; acercamientos a esos protagonistas; y lecturas detenidas de esos documentos.

II. La investigación sociológica y etnográfica

Decimos que una actividad es económica cuando está orientada a procurar “utilidades” (bienes y servicios) deseables o las probabilidades de disposición sobre las mismas

Max Weber, *Historia económica general*

1. El grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo

En el proyecto, la asociación había elegido como lugar de desarrollo del medio planificado un predio de su vicepresidente. El predio estaba ubicado en la por entonces comuna de Monte Vera⁵, cercana a la capital de la provincia de Santa Fe.

⁵ Exactamente un día antes de escribir estas líneas, Monte Vera dejó de ser una comuna para pasar a ser una ciudad. El 22 de diciembre del 2022, la Cámara de Diputados lo sancionó como ley. En su momento, había sido el senador representante de La Capital, Marcos Castelló, del Partido Justicialista, quien había presentado el proyecto a la Cámara de Senadores.

CRIA (2021) apuntaba a “un grupo de pequeños productores de Monte Vera, en un predio de usufructo común de aproximadamente una hectárea” (p. 1).

Sin embargo, en el proyecto la asociación aún no había elegido al grupo rural que justamente iría a desarrollar la producción en el predio. Después de que el *Ensayo* fuera legitimado por la subsecretaría, los asociados se contactaron con varias personas. En principio, no pudieron descubrir a las adecuadas para su fin. Hasta que, en un encuentro de un grupo de la zona al que asistieron el presidente y el vicepresidente, pudieron hacerlo. Se trataba de cinco mujeres, de una familia que habitaba desde larga data la localidad de Ángel Gallardo, dependiente de Monte Vera. En el encuentro, las mujeres agregaron otro planteo, aparte de aquel de producir en el predio del vicepresidente. Como complemento, ofrecieron una parcela del propio predio que su familia alquilaba, para trabajarla ellas mismas.

Así fue que, en el comienzo del desarrollo del proyecto, la asociación admitió a cinco participantes de la familia Piedrabuena como las cinco participantes iniciales del grupo rural. Tres, María, Marta y Ana, eran hermanas. Otra, Susana, era su cuñada, en pareja con su hermano, Andrés. Y la última, Juana, era hija de María. Tres, María, Marta y Juana, no vivían en el predio. Las otras dos, Ana y Susana, sí. Susana lo hacía con Andrés. Ana, también con su pareja, Santiago. Cuatro de las cinco mujeres, y sus parejas, tenían una veintena de hijas e hijos. Que, a su vez, eran nietas y nietos de la inquilina y el inquilino del predio, Isabel y Juan⁶.

Después de conformado, ocurrió que el grupo rural Piedrabuena no empezó a producir en el predio del vicepresidente. Y que, en cambio, sólo lo hizo en el predio de su familia. Hacerlo en ambos terminó siendo una práctica demasiado difícil. Y, ante la disyuntiva de cuál elegir, la opción del propio fue la más factible. Queriendo cumplir lo que había proyectado, la asociación buscó otro grupo. Los asociados se contactaron con otras personas de la zona. Incluso, volvieron a pensar que era posible que esas personas produjeran en simultáneo en el predio del vicepresidente y un predio propio. Pero, de nuevo, la práctica era casi imposible. Y, fuera como fuera, esas otras personas no resultaron adecuadas para su fin.

No obstante, incluso antes de que el grupo Piedrabuena empezara a producir en su predio, el vicepresidente quiso superar el obstáculo por sí mismo. Y empezó a producir en su propio predio por su propia cuenta. Fertilizó la tierra con gallinaza, o abono de gallina; la roturó, o labró su superficie por primera vez; y sembró en surcos choclos, porotos, zapallos y milpa⁷.

⁶ Por el fundamento aclarado en la segunda nota al pie de página, el apellido de la familia y los nombres de sus participantes son de ficción.

⁷ Quien tenga un conocimiento científico, experto o especializado alrededor de la ruralidad puede descubrir, en narraciones así, ciertas ideas muy básicas. Que son todo lo contrario, o muy avanzadas, para quien no tiene ese conocimiento. Sin ir más lejos, para el propio autor de estas líneas.

2. Un primer sopesamiento

Junto al mismo vicepresidente, y el presidente, de la asociación, el grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo empezó a producir en su propio predio a comienzos de enero del 2022. Poco más de un mes después, a fines de febrero, yo extendí hacia el mismo grupo la etnografía que hasta entonces había orientado sólo a la asociación. Desde ese momento y hasta el cierre del proyecto en noviembre, se fue clarificando una primera gran conclusión del trabajo de campo etnográfico: el proyecto *abrió muchas fortalezas y una debilidad sobresalientes en la producción del grupo*.

A las *fortalezas* las podemos definir como concreciones de muchas partes de su medio. Que pasaron a ser cumplimientos de otras tantas partes de su fin. Al revés, a la *debilidad* la podemos definir como una inconcreción de lo primero que derivó en cierto incumplimiento de lo segundo. A su vez, podemos definir al *medio* como lo que se quiere para algo más, por crearlo una vía que sirve a un fin. Y, al *fin*, como aquello otro que se quiere de forma última, por crearlo un valor (Weber, 2006, p. 42).

Ahora bien, cuando pensamos en “fortalezas” y “debilidades”, no debemos pensar en esencias, sino en procesos. En sentido estricto, nos conviene referirnos a “fortalecimientos” y “debilitamientos”. O, sino, recordar los sentidos subyacentes a los términos. No estamos ante características estáticas, frenadas en el tiempo y sin moverse desde y hacia otras. Estamos ante características dinámicas, con una génesis, un desarrollo y un cierre o una contemporaneidad, encadenadas entre sí. Desde esa perspectiva historiográfica y anti-esencialista, podemos plantear que las fortalezas y la debilidad sobresalientes del proyecto fueron las siguientes:

Tabla 1

Esquema de síntesis de la primera gran conclusión del trabajo de campo etnográfico

Fortalezas	Debilidad
Emprendimiento	No emprendimiento
<i>En las facetas de la producción integral del grupo</i>	
1. Cooperación de autosustento	1. Rentabilidad
2. Retribución	
3. Regularización	
4. Continuación	
<i>En los aspectos inmediatos a la producción</i>	
5. Interés	-
6. Autonomía	
7. Comunidad	

2.1. Muchas fortalezas y una debilidad

Podemos empezar a desarrollar la tabla 1 que introdujimos recién enfocándonos en el primer punto general. Ese punto que era la acción central de la planificación del proyecto. Tan importante, que era una parte que parecía fundirse en el todo. Desde ya, se trata de la "producción". *Producción* a la que podemos definir en general como suministro de bienes y servicios (Weber, [1923] 2012, p. 16). En este caso, sólo de bienes, concretamente avícolas y agrícolas. Y a la que podemos sintetizar como "integral". Para sintonizar con el mismo adjetivo, presente como tercer término del propio nombre de la asociación, y para recuperar la idea de la integridad como unidad de la multiplicidad.

La *producción integral* tenía una primera faceta asociada al destino inmediato y último del producto: el autosustento, orientado a aliviar la pobreza. El grupo rural debía trabajar principalmente para autoabastecerse de alimento. Y, así, apaciguar su insatisfacción alimentaria. Pero no debía hacerlo de cualquier forma, muchos menos desde la competencia, sino de una manera específica, propia de la cooperación. Debía trabajar únicamente colaborando, sin disputar.

Otras dos facetas de la producción integral estaban asociadas al dinero. Como tales, estaban orientadas a aliviar la pobreza y también la vulnerabilidad. Eran la rentabilidad y la retribución. Por su trabajo, en colaboración y para un alimento de autoabastecimiento, el grupo debía recibir un pago adecuado. Y, si algo del alimento producido sobraba o trascendía su satisfacción, debía venderlo para recibir un ingreso extra. El pago adecuado era, principalmente, para apaciguar la injusticia laboral. El ingreso extra, de lleno, para apaciguar otras insatisfacciones básicas, más allá del déficit de alimentación, como los déficits de vestimenta o vivienda.

Aparte de las asociadas al dinero, había dos últimas facetas de la producción integral. Que se asociaban a la legalidad y la duración. Y que también se orientaban a aliviar la vulnerabilidad. Una era la regularización. La otra, la continuación. El trabajo del grupo, más allá del pago y el ingreso que reportara, debía registrarse. Y debía prolongarse. Para, de esa forma, apaciguar las otras dos restricciones laborales simultáneas a la injusticia, que eran la informalidad y la brevedad.

De las cinco facetas de la producción integral, sólo una evidenció una debilidad. Las otras evidenciaron fortalezas. Considerando el comienzo del proyecto, cuando el grupo mostró indicios de pobreza y vulnerabilidad; y comparándolo con el cierre, cuando mostró otros, de una mejora de esa carencia; podemos plantear que en el transcurso, aunque no hubo una fortaleza en la rentabilidad, sí la hubo en la cooperación de autosustento, la retribución, la regularización y la continuación.

2.1.1. La fortaleza en la producción cooperativa y autosustentable

Entonces, la primera fortaleza del proyecto fue que *se emprendió* una producción cooperativa y autosustentable, que despuntó un alivio de la pobreza.

Que se haya emprendido una producción cooperativa, autosustentable, no significa que el grupo terminara siendo una cooperativa. Ni al estilo de una cooperativa recién creada, como cualquier organización recién inscrita en el INAES. Ni mucho menos al estilo de una cooperativa ya consolidada, como CAUQUEVA. Sólo significa que el grupo dio un primer paso, clave, para producir en cooperación su autosustento. Un autosustento que tampoco terminó siendo absoluto ni sobrado, pero sí contribuyente para aliviar la pobreza del mismo grupo.

Para plantearlo con más precisión, la primera fortaleza estuvo en que *se logró impulsar un trabajo colaborativo y un alimento autoabastecedor*, que apaciguó la insatisfacción alimentaria.

La colaboración que caracterizó al trabajo impulsado adoptó dos grandes formas. La primera fue la complementación desde la división de la labor común. Cada participante solía suplementar la tarea puntual que realizaba el resto. Por ejemplo, cuando la pareja de Susana, Andrés, se sumó al grupo pasando a ser su sexto participante, de inmediato fue él quien construyó un gallinero móvil. Pero, después de que el gallinero estuviera construido, fue Juana quien redondeó lo que Andrés había hecho, elaborando un cronograma de cuidado de las gallinas, dividido por días y parejas. Y al revés. Si Andrés no hubiera construido el gallinero, no hubiera alcanzado que Juana elaborara el cronograma. La otra gran forma que adoptó la colaboración fue el reemplazo en la realización de la labor común. Acá lo que ocurría es que cada participante solía sustituir a quien, en algún momento, no podía concretar el esfuerzo que compartía todo el grupo. Traigamos otro ejemplo. Al momento de cuidar las gallinas, Juana se presentó seguido en el turno de su mamá, María, quien en paralelo al proyecto tuvo que trabajar lavando ropa.

Con lo que el autoabastecimiento de alimento hubiera sido difícil sin la colaboración en el trabajo. Sin la complementación ni el reemplazo hubiera resultado complicado obtener la diversa comida de autoprovisión que se terminó obteniendo. Sigamos con el ejemplo anterior. ¿Cómo el grupo hubiera conseguido huevos, si no hubiera habido un participante que ayudara al resto construyendo un gallinero, que incluso fuera móvil? ¿O si no hubiera habido una participante que hiciera lo propio elaborando un cronograma, que restringiera que hubiera días en los que nadie cuidara a las gallinas? ¿O si no hubiera habido participantes que se turnaran cuando tenían que trabajar en otros lugares, volviendo a evitar los turnos vacíos?

En definitiva, sin la colaboración, se podría haber recreado idéntica la insatisfacción de alimento, a la que se quería llevar cierto apaciguamiento.

Por si faltara plantearlo aún con mayor concreción, la primera fortaleza ocurrió en un proceso complejo. Al comienzo, *el grupo* exhibió signos de dificultades para comer. En el cierre, exhibió otros, de nuevas facilidades. En el transcurso, *pasó de no gestar una labor que lo llevara a obtener una comida de autoprovisión a lo opuesto: a conseguirla esforzándose en solidaridad.*

Primero, falló en la siembra de una parcela del predio. Justamente, en la que había ofrecido a la asociación. Después, fue acertando como equipo en varios puntos de la avicultura y la agricultura, consumiendo los bienes que generaba. Elaboró un cronograma. Construyó un gallinero móvil. Cuidó decenas de gallinas, criando pollitas y entrenando pollas para la postura de huevos. Dispuso de unos 15 huevos por día. Construyó ocho bancales. Los cercó y cubrió. Sembró, cuidó y cosechó diversos cultivos, de alta calidad, por el abundante abono de base. Y dispuso de los cultivos. Hasta el cierre del proyecto, de plantas aromáticas, como el cedrón, el ciboulette, la lavanda, el orégano, el romero y el tomillo. Y verduras de hoja, como la acelga, la achicoria y la lechuga. Por entonces, faltaban que crecieran otros, como la berenjena, la milpa, la papa, el tomate, la zanahoria, el zapallo y las habas.

Figura 1

Foto del pollitero con 26 pollitas



Herramienta de registro: cámara propia, 21 de mayo del 2022.

Figura 2

Foto del gallinero móvil con nueve pollas



Herramienta de registro: cámara propia, 5 de agosto del 2022.

Figura 3

Foto de los ocho bancales con cercos. Al fondo, el presidente de la asociación



Herramienta de registro: cámara propia, 26 de agosto del 2022.

Figura 4

Foto de los bancales, dos con cobertores. Entre medio, todo el grupo y parte de la asociación



Herramienta de registro: cámara propia, 22 de septiembre del 2022.

Figura 5

Foto de los cultivos en un bancal. Detrás, la mitad del grupo



Herramienta de registro: cámara propia, 19 de octubre del 2022.

Figura 6

Foto de los cultivos en otro bancal. Detrás, y a la derecha, una protagonista y un asociado



Herramienta de registro: cámara propia, 19 de octubre del 2022.

Figura 7

Foto de más cultivos. Entre medio, la mitad del grupo y parte de la asociación



Herramienta de registro: cámara propia, 4 de noviembre del 2022.

Algunas escenas lo podrían ilustrar todavía un poco más. Son escenas del trabajo de campo "etnográfico". Precisamente, en el campo "rural" del grupo, después de su propio trabajo.

La primera ocurrió a mediados de mayo del 2022, cuando ya se había fallado en la siembra de la parcela y todavía casi no se habían conseguido huevos. Charlaba con casi todo el grupo y una participante de la asociación cuando, pasado el mediodía, Susana nos avisó que tenían que ir a buscar la comida. Después, supe que el lugar donde la tenían que buscar era un comedor de la zona.

No podríamos explicarnos por qué un círculo de personas, que viven o circulan en un predio donde se cosechan cultivos, necesitan acudir a un comedor; excepto que pensáramos que esos cultivos no alcanzan para saciar su hambre. Sea que el hambre que comparten es mayor que los cultivos que se cosechan. Sea que es igual, pero que no disponen de todo el volumen de los cultivos, en cuanto una parte se vende. Sea que es menor, aunque requieren o prefieren una comida diferente a esos cultivos. En este caso, es probable que coexistieran las tres condiciones. La familia Piedrabuena, que vivía o circulaba en el predio de Ángel Gallardo donde la abuela y el abuelo, Isabel y Juan, cosechaban cultivos, tenía una treintena de bocas a alimentar. Un número que podía exceder la capacidad de los cultivos. De esos cultivos, varios eran vendidos, principalmente a personas que se acercaban al predio. Y, otros, podían no ser requeridos o preferidos por el grupo.

La segunda escena ilustrativa ocurrió unos seis meses después, a comienzos de noviembre, cuando el proyecto se cerraba. También tenía lugar una charla. Si bien con más voces y un tema más general. Aparte de mí, cinco participantes del grupo y dos participantes de la asociación, estaban la subsecretaria de Proyectos Científicos Tecnológicos y su asistente. Hacíamos una retrospectiva de todo el proyecto, mitad evaluación, mitad sopesamiento, cuando Susana volvió a intervenir. Nos explicó que Andrés antes no comía achicoria, porque le parecía demasiado amarga. Pero a la que cosechaban ahí sí la comía, dado que le parecía rica.

En el viaje de vuelta, cuando le consulté a los dos participantes de la asociación, el presidente me explicó que era por el abundante abono de caballo que habían usado. Pero, al lado del enriquecimiento del cultivo, emergía un enriquecimiento todavía más importante. Seguíamos estando ante un círculo de personas que vivían o circulaban en un predio donde se cosechaban cultivos. Que, quizás, de vez en cuando seguían yendo a buscar otra comida a un comedor. Pero que, sin duda, se habían beneficiado armando y dejando lista para usar una nueva y potente herramienta. Con las mismas manos que antes imploraban a otro colectivo de la sociedad por un plato de comida, ahora hacían en grupo y desde la naturaleza parte de lo que comían. Y, como si fuera poco, les gustaba.

Para cerrar este apartado, aclaremos un punto importante. Si, como hicimos recién, alguien considerara de dónde partió y a dónde llegó el grupo, podría coincidir. Pero, si reemplazara la percepción de la realidad ajena por su idealización de la misma, podría disentir. Coincidiría si comprobara que el grupo pasó de tener que recurrir a un comedor a tener un recurso para comer. Disentiría si imaginara cuán lejos quedó de producir el volumen de milpa que producían algunas aldeas mayas...

2.1.2. La fortaleza y la debilidad en la producción retribuida y rentable

La segunda fortaleza del proyecto fue que, aparte de una producción cooperativa y autosustentable, *se emprendió* una producción retribuida, que despuntó un alivio de la vulnerabilidad. Pero esa nueva fortaleza coexistió con su reverso, una debilidad, que fue que *no se emprendió* una producción rentable que despuntara un alivio de otras aristas de la pobreza.

La retribución por la producción dependió de la caja de la asociación, compuesta por los fondos transferidos por la subsecretaría del gobierno de Santa Fe. Que, al comienzo del proyecto, ascendían a \$700.000 y que, en el cierre, se habían terminado. Como la retribución no fue complementada por una rentabilidad de la producción, la caja fue la única fuente de financiación. No la suplementó otra, más económica que política, como hubiera sido la distribución o la producción para el comercio en el mercado de Ángel Gallardo, Santa Fe y la región.

Desde ya, la retribución era la parte central, pero no única, del costo de producción. Había otros gastos importantes, gastos de adquisición, como fueron la compra de materiales, pollitas, alimentos para pollitas y pollas, y semillas. Por ejemplo, el grupo compró bolsas de 40 kg de mezcla para gallinas, compuesta de maíz, sorgo y ponedora. En abril del 2022, comprando en una empresa especializada de la ciudad de Santa Fe, cada bolsa le salió \$1.500.

Más allá del costo productivo, lo cierto es que hubo un logro simultáneo a un no logro. *Se logró impulsar* un trabajo meritorio y *un pago adecuado*, que apaciguó la injusticia laboral habitual. Aunque, en paralelo, *no se logró impulsar* un trabajo adicional, un alimento societal y *un ingreso extra*, que por sí mismo apaciguara otras insatisfacciones básicas.

El mérito en el trabajo tuvo adecuación en el pago. La asociación le pagó al grupo según lo que creía que ameritaba. Al mérito solía medirlo por resultado, y no por hora, de trabajo. A modo de ejemplo, cuando en marzo Andrés construyó el gallinero móvil, le pagó \$10.000. Y, cuando en agosto todo el grupo cuidó las pollas y los bancales, \$45.000. Monto total que, después de repartido en montos parciales, pasó a ser \$7.500 para cada participante.

La adecuación del pago ayudó a llevar cierto apaciguamiento a la injusticia en el trabajo que ocurre con habitualidad para los sectores populares. Pero no alcanzó para extender el apaciguamiento a otras insatisfacciones de base. Con los \$10.000 que cobró por construir el gallinero, Andrés habrá podido suavizar algún agujero en el cobro por parte de la ferretería para la que hacía changas. Desde ya, no le alcanzó para comprar pares de botines nuevos a todos sus hijos que jugaban al fútbol. Si bien su realidad, y la de su pareja, Susana, tenía matices. Claro, Andrés y Susana cobraban por dos. Y ese cobro doble podría haberle sido de ayuda para hacer alguna compra avanzada. Como un producto Stanley. Ese termo todavía con la etiqueta puesta, con el que Susana nos cebó mates en una fría mañana de agosto.

Lo que podría haber ayudado al apaciguamiento de otras insatisfacciones de base hubiera sido el adicional en el trabajo. Si el grupo, aparte de trabajar para autoabastecerse de alimento, hubiera podido trabajar para venderlo a la sociedad, hubiera sido factible que consiguiera más dinero. Como para comprar ropa o cosas para sus casas o transportes. De haber sido así, algunas escenas podrían haber sido diferentes. La camiseta de Unión que Juana le había regalado a su ahijada y sobrina, la hija de su hermana, Ana, y su pareja, Santiago, no habría salido de la calle. Esa calle en la que la mamá de Juana, María, la había "cirujeado". O la casa que Ana había construido con sus propias manos al lado de la casa principal no habría quedado incompleta o mínima. A las cuatro paredes de ladrillos y el medio techo, se le podría haber sumado el resto del techo o adosado otra habitación, sorteando la intemperie y el hacinamiento. Para una familia que en el invierno se enfrentó a temperaturas cercanas a los cero grados. Y que, mientras el proyecto avanzaba y con el embarazo de Ana, pasó a contar con seis participantes. También el auto de la familia, un Volkswagen Senda blanco y negro, podría haber sido vuelto a usar. Se le podría haber cambiado la rueda pinchada. Y Ana, embarazada, podría haber dejado de moverse en su moto. O Susana, a sus hijos que solían enfermarse, podría haber vuelto a llevarlos al dispensario o el hospital cuando no disponía de su propio auto.

Fuera que la venta hubiera ayudado, fuera que no, lo que ocurrió en el transcurso del proceso fue una ambivalencia. Por un lado, *el grupo gestó la labor que justificó sus honorarios*. Por el otro lado, *no gestó otra labor que lo llevara a obtener una comida más que de autoprovisión, que fuera también de provisión a alguien más; y, así, le diera ganancias que superaran sus honorarios*.

Incluso, el mismo grupo llegó a creer que el destino del alimento era sólo el autoabastecimiento, y no también la venta. A mediados de octubre, charlábamos entre los bancales, cuando Susana nos ofreció llevarnos algo para comer de la "huerta". Un participante de la asociación le preguntó: "¿por cuánto?". A lo que ella le respondió: "por nada. No es para vender. Es para comer".

2.1.3. Las fortalezas en la producción regularizada y continuada

Una tercera y una cuarta fortaleza del proyecto fue que, mientras se emprendía una producción retribuida, se *emprendió* una producción regularizada y continuada; que despuntó un alivio de otras aristas de la vulnerabilidad.

La regularización de la producción, como anticipamos, no llegó a ser la inscripción del grupo como organización de tipo cooperativa en el INAES. Y la continuación tampoco llegó a ser la extensión que tienen grupos rurales ya avanzados, como CAUQUEVA, que ya lleva tres décadas produciendo.

Es verdad, la regularidad y la continuidad aún fueron básicas. Pero ya se encastraron como otros dos logros. Es que, al menos, *se logró impulsar un trabajo registrado y prolongado*, que apaciguó la informalidad y la brevedad laboral.

El registro del trabajo se expresó como inscripción de la labor en las áreas agropecuarias, impositivas y previsionales del Estado. Y, la prolongación, como labor de temporada en el mismo predio. Inscribiéndose en esas áreas económicas, el grupo se visibilizó como productor y contribuyente ante el Estado nacional, que también pasó a poder controlarlo en su producción y contribución. Desarrollando una labor de temporada, lo que ocurrió fue que el grupo desarrolló tareas sucesivas que se encadenaron casi durante un año, trascendiendo la labor de estación o de jornada. Es decir, con la visibilización y la anualización, el grupo se ayudó a sí mismo a darse cierto apaciguamiento en la informalidad y la brevedad en el trabajo.

Ambas tendencias, entonces, se fueron entrelazando. Como si fueran dos complementos del transcurso del proceso. *El grupo tramitó que la labor se inscribiera*, adhiriendo a una participante, en representación del resto, al Registro Nacional Sanitario de Productores Agropecuarios (RENSPA), gestionado por el Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA); y al monotributo, gestionado por la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP). En paralelo, el grupo *sostuvo su labor durante 10 meses*, sorteando sus contratiempos.

Contratiempos que no escasearon. No sólo a la hora de esforzarse. Sino también, y justamente, de facturar por lo hecho. Quien se hizo monotributista en nombre del grupo fue Juana. Estuvo algún tiempo sin poder hacerlo. Hasta que, hacia marzo del 2022, empezó a emitir las facturas. Fue ella quien, en un encuentro y con su celular, usó la aplicación de la AFIP para hacerle la factura a la asociación por la construcción del gallinero móvil. Ocurrió que, unos tres meses después, el resto empezó a dudar sobre cuánto dinero facturaba y cuánto se apropiaba ella misma. Haciendo que el presidente de la asociación llegara a creer que el proyecto tenía que parar. Y que, después de discutirlo con parte de CRIA, pidiera al grupo que arreglara su tensión y resolviera si seguía adelante. Que es lo que terminó pasando.

2.2. Otras fortalezas

Podemos seguir desarrollando la tabla 1 que introdujimos más arriba enfocándonos en sus siguientes puntos. Puntos que, a diferencia del primero, no habían sido planificados en el proyecto o lo habían sido como valores.

Son tres aspectos, que son inmediatos a la producción integral. Uno, el "interés", fue un emergente cognoscente, un aspecto del caso investigado no previsto en el proyecto y surgido durante la etnografía. El otro, la "autonomía", fue un eje cognoscente y evaluativo, un aspecto central a investigar y juzgado como positivo desde el comienzo. Y el último, la "comunidad", fue junto a esa autonomía una parte central de un hecho y un valor mayor, la cooperación. Y, por sí solo, una prioridad. Recordemos que el nombre completo de la asociación era "Asociación Civil pro Comunidades Rurales Integrales con Arraigo (CRIA)"⁸.

Al *interés*, según los significados y los términos que diversas personas usaron durante el trabajo de campo etnográfico, podemos definirlo en general con el sociólogo francés Pierre Bourdieu ([2015] 2019). Es decir, como el deseo de hacer, respecto de algo a lo que se da importancia o ante lo que no se siente indiferencia (p. 274). En este caso, el interés fue grupal, no individual, y para la producción.

A la *autonomía*, como hecho y no valor, podemos definirla como la independencia de la decisión propia ante la decisión ajena, y viceversa. Aunque no es una independencia, o interdependencia, absoluta, sino relativa. Se trata siempre de un grado, menor o mayor, pero que nunca alcanza la totalidad. Ni el opuesto exacto, la nulidad, que es la heteronomía, o la dependencia, completa. Así como no hay "libertad", tampoco hay "determinación". Ni la persona que sufre la esclavitud o la prisión más acérrima está "determinada". Ni la que ejerce el gobierno con más poder es "libre" (Elias, [1969] 1982, pp. 32, 52-57). En nuestro caso, la autonomía, grupal y para la producción, tuvo como interlocutor central del grupo a la asociación.

Y a la *comunidad*, volviendo a profundizar el distanciamiento que venimos ejercitando, también debemos abandonarla como valor y sólo precisarla como hecho. Al respecto, podemos definirla como un grupo configurado por la pertenencia. O como un conjunto de personas que, aparte de establecer interacciones entre sí, suelen construir juntas adscripciones recíprocas al mismo conjunto que crean interactuando (Weber, [1922] 2008, p. 33). Concretamente, suelen elaborar creencias mutuas de ser entre sí partes del todo que forman con sus prácticas. Como tal, la comunidad se opone a la lucha. Si bien no hay comunidad, por fuerte que sea, donde no haya más o menos lucha (p. 34). En el caso que investigamos, la comunidad no fue la base, sino la tendencia, del grupo, no exenta de lucha y alrededor de la producción.

⁸ Antes, en lugar de "Comunidades", fue "Cooperativas". Pero no se autorizó que se inscribiera así.

Además, la comunidad se distingue de la *asociación*. No de la "asociación" CRIA, según el significado que puedan darle al término sus participantes. Sino de la asociación, que es CRIA o cualquier grupo que se acerque al concepto que la sociología elaboró en su misma fundación y que aún tiene actualidad. En ese sentido, podemos afirmar que, a diferencia de la comunidad, la asociación es un grupo no configurado por la pertenencia, sino por el acuerdo. Sigue siendo un conjunto de personas que establecen interacciones entre sí. Pero ya no es uno donde las personas suelen construir juntas adscripciones recíprocas a él mismo. Ahora, lo que esas personas suelen construir en colectividad y reciprocidad son concordancias (p. 33). Suelen coincidir del todo o en algo en lo que quieren. Sin excluir la lucha (p. 34).

Ya sabemos qué quería CRIA, como medio y como fin. También qué pensaba que aportaba a mejorar el logro de ese fin. Pero no sabemos si cada participante suyo coincidía con el resto o cuánto lo hacía. Ni podemos saberlo, porque la mayoría de participantes convocados para el proyecto nunca se involucraron de forma activa en su desarrollo. Incluso, participantes cuya formación en otras áreas de las humanidades, como la filosofía, los hubiera llevado a disentir con las definiciones que elaboramos recién. Principalmente, con la de comunidad. Dado que, en esas áreas, la comunidad no se suele definir por la pertenencia, sino por lo común. Como suelen definirla las personas más allá de las humanidades. Valga el juego de palabras: para el sentido común, lo común suele ser lo común-itario.

Fuera como fuera, en el proyecto CRIA no definió a la comunidad, ni desde la pertenencia ni desde lo común. Más que definirla, la valoró, como un espacio de altruismo contrario al egoísmo. Era en ese ambiente donde el grupo debía producir su autosustento, con rentabilidad, retribución, regularización y continuación, para aliviar su pobreza y vulnerabilidad.

Sin embargo, la comunidad debía encastrarse con otros aspectos. Entre tantos otros, sobresalía la autonomía. Que en el proyecto también fue valorada sin ser definida. De hecho, apenas fue mencionada. Quizás, algo explayada como "democracia". Pese a que, ni bien el proyecto empezó a desarrollarse, pasó a ser un problema ineludible. Desde ya, se debían decidir muchas cuestiones concretas. Y la asociación había planificado que el grupo lo hiciera siendo independiente. Pero, ¿cuán independiente? Era una pregunta que estaba lejos de tener una respuesta clara.

A su vez, la autonomía debía encastrarse con un aspecto básico. Era el interés. Interés que en el proyecto no fue ni definido ni valorado. A pesar de que, ya en el primer encuentro de la asociación en el que participé, fue un tema de discusión. ¿El grupo se interesaba en producir? Había participantes que se lo preguntaban y respondían. Y no sólo de la asociación, sino también del mismo grupo. Tal como pude comprobar la primera vez que fui a su predio.

Los tres aspectos inmediatos a la producción también evidenciaron fortalezas. Aquí, como ya hicimos, lo que nos conviene es comparar el comienzo del proyecto con su cierre. Si el grupo pasó de mostrar indicios de desinterés, heteronomía y no comunidad a mostrar otros, contrarios; podemos plantear que lo que hubo fue justamente una fortaleza en el interés, la autonomía y la comunidad.

2.2.1. La fortaleza en el interés para la producción

Una quinta fortaleza del proyecto, entonces, fue que *se emprendió* un interés para la producción. Lo que contrastó de lleno con el desinterés inicial para la misma.

El interés para la producción emergió desde su reverso. Fue su falta la que al comienzo fue problematizada por participantes de la asociación y el grupo. Pero el desinterés no fue señalado sólo por ese doble diagnóstico. También lo fue por cierto malestar que el mismo grupo traslució.

Sin embargo, el interés ausente se fue volviendo poco a poco un interés presente. Parte de la asociación empezó a advertirlo. También empezó a notarlo todo el grupo. Y también podía empezar a percatarse de él cualquiera que arrojara una mirada reposada al devenir del grupo, que iba descubriendo un nuevo bienestar.

Recurriendo a una observación profunda como esa fue que se percibió la fortaleza. *Se logró impulsar un deseo laboral*. Un deseo de trabajo, colaborativo y para el alimento autoabastecedor, que se contrapuso a la apatía del principio.

Ahora bien, percibir una apatía de trabajo no debería hacernos caer en un reduccionismo. La explicación de que la ausencia de deseo de un actor para el trabajo es la causa de su misma falta de trabajo reduce la amplia complejidad de la situación. La apatía no explica el estancamiento por sí sola, sin otro condicionamiento. Incluso, sin otras condiciones más profundas, que la expliquen a ella misma.

El “no laburan porque no quieren” falla desde el vamos. Se desvanece apenas comprobamos que hay personas que no trabajan, pero que sí desean hacerlo y que no lo hacen porque están restringidas. O que sí trabajan, pero que no desean hacerlo y que lo hacen dado que están coaccionadas.

En este caso, el “si quisieran, laburarían” podría haber tenido alguna verosimilitud. Pero, de haberla tenido, el encadenamiento de condiciones debería haber llegado más lejos. La pregunta fundamental habría sido por qué no deseaban trabajar. Y, alejada de las cadenas de la ideología de la culpa, una respuesta fructífera habría vuelto a beber de una mirada reposada. Si en febrero del 2022 Marta “no quiso laburar”, ¿fue por su pereza para cuidar los cultivos de la parcela, por su desgano para el laburo? ¿O fue por la energía que volcó más allá del proyecto, por el duelo que hizo por el fallecimiento de su bebé recién nacido?

También deberíamos evitar caer en el reduccionismo contrario, relativo al deseo de trabajo que se fue percibiendo. Se vuelve a reducir la complejidad de la situación con la explicación inversa, de que es el deseo de un colectivo o una persona la causa de su trabajo. Sin otro condicionamiento, hasta sin otras condiciones más profundas que lo expliquen a él mismo, por sí solo, el deseo no explica el trabajo.

De nuevo, falla desde el vamos el "laburan porque quieren" o el "quieren, entonces, laburan". Las personas que trabajan y que lo hacen puesto que lo desean, también lo hacen ya que tienen el recurso y la oportunidad.

Por ende, si en octubre Marta cuidó uno de los ocho bancales, no fue sólo por haber tramitado lo suficiente el fallecimiento de su bebé y sentir brotar nuevas ganas. También fue por tener con qué hacerlo. Si, en lugar de cuidar un bancal, hubiera apuntado a construir otro gallinero móvil, por más ganas que le hubiera puesto, no lo habría conseguido. Salvo que aprendiera la técnica, como la que había usado Andrés. Que el resto del grupo la apoyara. Que el dinero de la caja de la asociación alcanzara. Y que se hubieran cumplido otros requisitos así.

Fueran cuales fueran esos requisitos, la fortaleza de su deseo de trabajo y el de todo el grupo ocurrió como un contrapunto con la apatía del primer momento. *El grupo pasó de sentir desánimo ante su labor a sentir entusiasmo.*

A fines de febrero, fuimos con el presidente y otro participante de la asociación al predio. En el viaje charlamos sobre las ganas del grupo para cuidar los cultivos. Que, por entonces, eran los de la parcela. Apenas entramos al campo en el auto, el presidente nos dijo que todavía no bajáramos ni tomáramos la iniciativa. Para esperar a ver si la tomaba el grupo. Y, así, descubrir o no las ganas que él mismo suponía que faltaban. No pasó demasiado tiempo hasta que Susana fue a recibirnos. Con lo que, según el indicador, las ganas no faltaban. Pero, cuando el presidente bajó la ventanilla y le preguntó qué pensaba, Susana volteó de lleno y sin rodeos la idea. "No hay ganas en el grupo".

Un rato después, empezamos el primero de muchos encuentros de conversación, debajo del frondoso árbol al costado de la casa principal que tantas veces después nos cubriría con sus ramas. Sentado en una silla de madera estaba Felipe, el único participante del proyecto que no era participante de la familia Piedrabuena. Antes de quedarse afuera del grupo y volver a ser sólo un vecino, Felipe coincidió con Susana. Y eso que ni siquiera la había escuchado. Lo que faltaban eran "ganas". Ana, que sí lo había escuchado a Felipe, también coincidió. El resto del grupo calló. Pero, lo que sus bocas no decían, sus caras lo mostraban. María miraba a la casa principal. Juana y Marta, al suelo. Marta parecía ni poder levantar la cabeza. Había llegado tarde al encuentro, después de ir al cementerio.

Exactamente un mes después, en el mismo escenario, le pregunté a todo el grupo qué “dificultades” y “logros” advertía, en relación con esa falta de “ganas”. En general, me respondieron que mejoraron, por la “comunicación”. Les acentué que era justamente un “logro”. Y asintieron con sus cabezas.

Esa “comunicación”, en parte, derivaba de un planteo que el mismo Felipe había hecho el mes anterior, en febrero: aparte de trabajar, encontrarse todos los sábados a charlar. Así fue que se gestaron sus encuentros semanales de conversación. Que siguieron de forma más o menos continua, hasta fines de octubre. Aunque sin el mismo Felipe, ido del grupo precisamente cuando el resto planteaba que habían mejorado por la “comunicación”.

Su comunicación entre sí habría mejorado, pero su comunicación hacia su entorno seguía siendo igual de elocuente. De nuevo, no era sólo lo que decían sus bocas, sino también lo que mostraban sus caras. Salvo Marta, que todavía parecía angustiada, el resto sonreía, reía y se hacía chistes. María recibió a Andrés en su primer encuentro de conversación de forma jocosa. “No vengas con marcas”, le enrostró con una sonrisa, después de que él nombrara una marca de gallina en inglés.

Unos ochos meses después, tras hacer la retrospectiva de todo el proyecto junto a la subsecretaria del gobierno, tuvimos con el grupo un último encuentro de conversación. Le insistí con la misma pregunta que ya le había hecho otras veces, sobre las “dificultades” y los “logros” que advertía. Sin Andrés, que no había podido asistir, el resto me insistió con la misma respuesta que ya me había dado, en el plano de los logros. Pero le agregé una idea nueva en el plano de las dificultades, que profundizó todo el esquema explicativo. Habían mejorado al “hablar”. Principalmente, después de haberse bajoneado, tras fallar al sembrar la parcela. Lo nuevo no fue que, al comienzo, les habían faltado las ganas. Fue que les habían faltado por sentir que habían fallado laburando. Y que las habían vuelto a tener charlando. Habían tenido que pasar nueve meses para que la explicación que el grupo había elaborado alrededor de sus “ganas” emergiera para su entorno. O para que la explicación en sí misma fuera elaborada de lleno, de la forma que a veces esas explicaciones son elaboradas, en la misma interacción de comunicación. Lo que el grupo terminó exteriorizando fue que la secuencia no fue del estilo: “no quisimos, entonces, no laburamos”. Al contrario, fue del estilo: “laburamos y erramos, entonces, ya no quisimos”. Y “lo charlamos, entonces, volvimos a querer”.

Sin duda, cuando el proyecto se cerró habían vuelto a querer. Lo decían sus bocas y también lo mostraban sus caras. Ya nadie tenía la mirada perdida ni gacha. Abundaban las sonrisas, las risas y los chistes. Inclusive, referidos afuera del grupo, a participantes de la asociación o a mí mismo.

2.2.2. La fortaleza en la autonomía para la producción

Una sexta fortaleza del proyecto fue que *se emprendió* una autonomía para la producción, aparte del interés para la misma. En un escenario que contrastó con la heteronomía inicial al respecto de ella.

La autonomía para la producción emergió cuando el grupo decidió no producir en dos predios en simultáneo. Descartó producir en el predio del vicepresidente de la asociación y también en el predio de su familia, prefiriendo producir sólo en este. Sin quererlo, terminó deslegitimando lo que la asociación había decidido. Y, en definitiva, gestó un primer grado de autonomía ante ella.

Hasta entonces, más que una mínima autonomía, lo que ocurría era una fuerte heteronomía. Había sido la asociación la que había decidido el lugar inicial, el perfil del grupo, el contenido, la forma y el destino de la producción. Y el grupo sólo había decidido ofrecerse para desarrollarla. Ante lo que la asociación había decidido admitirlo, por cumplir justamente con los requisitos decididos antes.

Sin embargo, cuando se decidió producir sólo en un predio, la autonomía despuntó. *Se logró impulsar una independencia laboral*. Una independencia en las decisiones de trabajo que se contrapuso a la dependencia del principio.

La dependencia no había sido una contradicción, sino una necesidad, en la lógica. Es verdad que en el proyecto la asociación había planificado una independencia explícita del grupo en las decisiones de trabajo. Y que también había planificado una dependencia implícita, precisamente desde la toma de decisiones sobre los ejes generales de ese trabajo. Pero también es verdad que había otro implícito. Un implícito habitual en colectivos así, que quieren hacer algo con otros actores. La idea tácita era que la independencia debía venir después de una dependencia básica. La toma de decisiones sobre los ejes generales del trabajo debía estar antes que la habilitación para la toma de decisiones sobre las cuestiones concretas. Sino, el grupo podía llegar a decidir trabajar siguiendo valores contrarios a los de la asociación. Y la asociación terminar acompañando a un grupo antagónico a su propio fundamento. Cuando el grupo descartó trabajar la tierra del vicepresidente, no se opuso a los valores de la asociación. Siguió el valor del ruralismo, cambiando sólo el lugar para concretarlo. Quizás, para facilitar el trabajo que iba a tener que hacer. Pero supongamos que el grupo hubiera descartado trabajar la tierra de su familia colaborando, y que hubiera preferido hacerlo disputando. Siguiendo el valor de la competencia, y no el de la cooperación, sí se hubiera opuesto a los valores de la asociación. Y difícilmente hubiera habido participantes de la asociación que hubieran querido acompañar a participantes de un grupo rural antagónicos al cooperativismo.

No obstante, después de decidir dónde trabajar, la independencia y la dependencia se fueron intercalando. Hasta que la independencia pasó a predominar, dibujándose un contrapunto con la férrea dependencia del primer momento. *El grupo pasó de posicionarse ante lo decidido por la asociación, legitimándolo, siendo indiferente ante o él o deslegitimándolo; a posicionarse y principalmente decidir.*

A fines de febrero del 2022, la asociación decidió una de las cuestiones concretas más importantes del proyecto, relativa a la conducción del grupo. En un correo electrónico al resto de la asociación, el presidente convocó un encuentro, entre otras cosas para la "elección de un coordinador local". Propuso como candidato a Felipe. Y, como opción, algún "reemplazante" propuesto por alguien más. Poco después, Felipe pasó a ser el coordinador del grupo. Las cinco participantes del mismo grupo legitimaron lo decidido por la asociación. No lo valoraron ni lo aceptaron, sino que sólo lo toleraron. Pero, más allá del grado, dieron su legitimación a la decisión.

Un mes después, el grupo también decidió una cuestión concreta muy importante. No sólo sobre la conducción, sino más ampliamente sobre toda la conformación, de sí mismo como grupo. Debajo del árbol al costado de la casa principal del predio, ya no estaba Felipe. Ni volvería a estarlo. Ya había sido apartado del grupo por el mismo grupo. Ana nos dijo que les había avisado que él reemplazaba a su pareja, Santiago. Que, aunque no participaba en los encuentros de conversación, sí trabajaba la parcela y, así, estaba en el proyecto. La sorpresa fue grande. Nadie, más allá del grupo, sabía que Santiago era un medio participante, según el mismo grupo. Y mucho menos que Felipe les había informado que era su reemplazante. Lo cierto es que Santiago, que no había sido visto por nadie más ni charlando ni laburando, siguió como hasta entonces. Y Felipe ya no. El mismo día, él sí tuvo su reemplazante, cuando Andrés fue recibido en su primer encuentro de conversación.

Desde entonces, alguien podría haber esperado que a las siguientes cuestiones concretas las siguiera decidiendo el grupo. Pero no fue así. La asociación volvió a decidir, ante todo sobre el contenido puntual del trabajo. En los sucesivos encuentros de conversación con el grupo, la asociación le fue proponiendo conseguir las pollas y las pollitas para cuidarlas, construir los bancales, sembrar cultivos como la milpa. Y el grupo, ya con Andrés, fue adoptando lo propuesto por la asociación.

Ahora bien, hacia fines de agosto, otra cuestión concreta volvió a ser decidida por el grupo. Se trató de la forma puntual del trabajo. Apenas empezamos el encuentro de conversación, Susana le preguntó al presidente de la asociación si coincidía con lo que esos días habían elegido como grupo. Que era ocuparse cada quien de un bancal, aparte de hacerlo en general de todos. El presidente no le respondió con palabras. Pero lo vi disentir con sus gestos. Pese a no conseguir su legitimación, el grupo le dio sostén a su decisión hasta el cierre del proyecto.

2.2.3. La fortaleza en la comunidad de producción

Una séptima y última fortaleza del proyecto fue que se *emprendió* una comunidad de producción, mientras se emprendía una autonomía para la misma. Se montó un nuevo escenario que contrastó con el anterior, que se había caracterizado por la no comunidad al respecto de ella.

Al comienzo, el grupo era sólo eso: un grupo. Sus participantes interactuaban alrededor de la producción. Y, la mayoría, de la familia. Aún no conformaban una comunidad, ni de familia ni mucho menos de producción. Ni era una especie de destino, de futuro inevitable, que terminaran conformando alguna.

Poco a poco, el grupo fue pasando a ser algo más: justamente, una comunidad, principalmente de producción. También podría haber pasado a ser otro tipo de grupo, como una asociación, al estilo de la misma CRIA. Incluso, podría haber pasado a ser un grupo económico, de lucha, desde la competencia con otros grupos de la zona, como los de la Sociedad de Quinteros de Santa Fe. Pero, si pasó a ser un tipo y no otro, fue porque su carácter sintonizó más con la pertenencia que, por ejemplo, el acuerdo o el conflicto. Que no quitó que una parte de ese carácter se relacionara con esas y otras características así. Sólo que como una parte secundaria, detrás de la primaria, relacionada con la pertenencia.

La pertenencia, entonces, fue el sentido preciso del logro. *Se logró impulsar una pertenencia laboral*. Una pertenencia de trabajo que se contrapuso a la no pertenencia del principio.

Debemos advertir que la pertenencia de trabajo no fue afín a la interacción, sino a la posición, de trabajo. Fue una cuestión de las creencias alrededor de la labor, no de las prácticas de labor en sí mismas. No se trató de que cada participante se esforzó siempre con el resto. Se trató de que cada quien llegó a imaginar que era una parte que se combinaba con la otra en un todo de esfuerzo.

La advertencia es importante. Si confundimos la pertenencia con la interacción, podemos caer en otra confusión. Podemos llegar a pensar que participantes del grupo que a veces no fueron a cuidar las gallinas o los cultivos no se integraron al grupo. En cambio, cuando conectamos la pertenencia con la posición, podemos aclarar el hecho. Cuando María no se presentó a construir algún bancal, dado que en paralelo al proyecto tuvo que trabajar lavando ropa, se ausentó sin desintegrarse del grupo. Se hubiera desintegrado si, aparte de ausentarse con su cuerpo, se hubiera desatado con su mente del lazo que tejían con el resto.

El lazo que cada participante tejió con su mente, sin embargo, no siempre corrió al lado del otro lazo, el que tejió con el cuerpo. De hecho, al comienzo y durante algún tiempo, faltó. Pero emergió, desarrollándose cada vez más con más fuerza.

Cada participante pasó de trabajar a trabajar y también adscribir al grupo de trabajo. Tolerando el desacuerdo antagónico, o el conflicto, establecido con alguien más.

A fines de marzo, cuando le pregunté a todo el grupo qué “dificultades” y “logros” advertía, no sólo salió el tema de la “comunicación”. También salió otro, que podemos pensar como la cuestión del “yo”. Un “yo” que sobresalió sobre el “nosotros”. Cuando no había sido desde el “vos”, sino desde el “ustedes”, que yo había iniciado la conversación. “El logro fue mío”, me respondió Andrés, mientras las otras cinco participantes del grupo me explicaban cómo habían mejorado comunicándose. Como si comunicarse entre sí no hubiera sido un logro, o sólo uno menor, Andrés argumentó que había sido él quien había construido el gallinero móvil.

Demarcándose del resto, Andrés parecía actualizar lo que exactamente un mes antes parecía atravesar a cada quien. Faltaban las “ganas”. Pero, como también diagnosticaron en general, faltaba el mismo “grupo”. Más que sus caras, era todo su cuerpo el que se expresaba en ese sentido. Felipe, aunque era el único que sonreía, estaba cruzado de brazos y piernas. Ana y Susana, si bien aflojaban el cruce en el torso superior, tensaban el del inferior. María, Juana y Marta, pese a no cerrarse a los otros cuerpos, con sus miradas perdidas y gachas los esquivaban.

Figura 8

Foto de un encuentro de conversación entre todo el grupo inicial, una familiar y parte de la asociación



Herramienta de registro: cámara propia, 26 de febrero del 2022.

Figura 9

Foto de otro encuentro, entre todo el grupo definitivo, otra familiar y otra parte de la asociación



Herramienta de registro: cámara propia, 26 de marzo del 2022.

Figura 10

Foto de otro encuentro más, entre parte del grupo y otra parte de la asociación



Herramienta de registro: cámara propia, 23 de abril del 2022.

Figura 11

Foto de un encuentro siguiente, entre casi todo el grupo, un bebé suyo y una asociada



Herramienta de registro: cámara propia, 21 de mayo del 2022.

Figura 12

Foto de un encuentro posterior, entre protagonistas y asociados



Herramienta de registro: cámara propia, 5 de agosto del 2022.

En los meses siguientes, la cuestión del "yo" se fue encastrando cada vez más con la cuestión del "nosotros". Hasta que fue el "nosotros" el que pasó a sobresalir sobre el "yo". Inclusive, cuando la interpelación para el habla se hacía desde el "vos", y no desde el "ustedes".

A fines de abril, el presidente de la asociación le avisó al grupo que esos días podían recibir de forma individual una visita. Se trataba de una funcionaria del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación, que quería ver cómo iba el proyecto. Pero Susana disintió, planteando que tenían que recibirla como "grupo".

Un mes después, cuando volví sobre las "dificultades" y los "logros", acrecentaron los logros. La misma Susana lo sintetizó. "Ahora el grupo es un grupo".

Pasados otros seis meses, cuando cerrábamos el proyecto, la subsecretaria del gobierno describió el resultado como muy positivo. Lo hizo por primera vez y nadie agregó nada. Lo hizo por segunda vez y el presidente meneó la cabeza. Ante lo que yo declaré: "coincido". Inmediatamente, Susana volvió a hablar por el resto. "Nosotros también coincidimos". Un rato después, cuando insistí con las "dificultades" y los "logros", llevaron al máximo o radicalizaron los logros. De nuevo, fue Susana la portavoz. Enunciando una frase que podría ser el mismo título de este informe. "Pudimos hacer lo que no pensábamos que podíamos hacer".

Entretanto, el predominio de la cuestión del "nosotros" sobre la cuestión del "yo" no excluyó la intervención de la cuestión del "yo contra vos". Desde ya, hubo alguna "contra". Pero no tan fuerte como para anular el "yo con vos". Ese "con" tan férreo que ni siquiera se enunció como el enlace entre el "yo" y el "vos", fundiéndose con los otros dos términos en uno solo: "nosotros".

Como anticipamos, a comienzos de junio y hasta parte de julio, el grupo enfrentó uno de sus contratiempos más importantes. Un contratiempo que se terminó sorteando. El grupo resolvió seguir adelante, arreglando la tensión, como se lo había pedido el presidente de la asociación, después de discutirlo con parte de CRIA. El presidente había llegado a creer que el proyecto tenía que parar. Había ocurrido que el resto del grupo había empezado a dudar sobre cuánto dinero facturaba y cuánto se apropiaba Juana, que se había hecho monotributista en nombre suyo.

Un mes antes, sin nadie más presente, Juana me había confiado que ella no podía hablar en la familia como estaba haciendo conmigo. Me insinuó que el resto se enojaba con ella. Y me afirmó que Andrés y Susana, su tío y su tía, a veces no cumplían el cronograma. Le pregunté si se los había planteado. Dudó y me terminó respondiendo que sí. En su chat de WhatsApp, no cara a cara. Y no de forma directa, sino indirecta. Fuera como fuera, en algo funcionó. Al día siguiente, se encontraron a hablar. No sobre eso, pero sí sobre todo el proceso.

Sin duda, los hechos de junio habían sido incididos por los hechos de mayo. En contenido o en forma. Supongamos que fue verdad que Ana se había apropiado algo de dinero y que en su familia sólo recibía enojo. En ese supuesto, una explicación verosímil es que de forma inconsciente había tomado de un lado lo que sentía que le faltaba del otro. Que no era un lado material, sino afectivo. Era un lado del amor. Pero supongamos que nada de eso había ocurrido. Que ni la narración de Andrés y Susana sobre la apropiación de dinero de Ana era cierta. Y que tampoco lo era la narración de Ana sobre el enojo de Andrés, Susana y el resto de la familia. O que tampoco lo era el agregado sobre el incumplimiento de Andrés y Susana. La dinámica de las narraciones nos seguiría señalando que el grupo enfrentaba una tensión. De familia, de producción, de ambas, de lo que fuera. Si una persona deslegitima la conducta de otra; y si esa otra persona rechaza la acción de quien la criticó antes; más allá de qué se estén recelando, es evidente que lo están haciendo.

3. Un segundo sopesamiento

El grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo emprendió una producción cooperativa y autosustentable; no rentable, pero sí retribuida; regularizada y continuada; con un interés y una autonomía para la misma; iniciándose como una comunidad alrededor de ella. Pero, como también lo fue mostrando la etnografía, esas fortalezas y esa debilidad, esos componentes básicos del sopesamiento del proyecto, eran inseparables de otros, subyacentes. Justamente, se fue clarificando una segunda gran conclusión del trabajo de campo etnográfico: el proyecto *implicó varias oportunidades y amenazas notorias respecto de la producción del grupo*.

Las *oportunidades* fueron las habilitaciones de la situación del grupo para su medio y su fin. Las *amenazas*, en cambio, fueron sus restricciones y sus coacciones al respecto. Donde cada *habilitación* es la apertura de una posibilidad. Cada *restricción*, una clausura o una limitación de la misma. Y, cada *coacción*, una imposición de ella como única realidad (Giddens, 2011, pp. 201, 203, 208-209).

Cuando analizamos las fortalezas y las debilidades no analizamos esencias, sino procesos. Desde ya, procesos en situaciones, y no como ensimismamientos. Por ejemplo, no hubiéramos podido analizar la autonomía del grupo sin analizar la toma de decisiones de la asociación. Pero, hasta ahora, no nos concentramos en las incidencias de los factores de la situación del grupo. Aunque advertíamos que estábamos ante características dinámicas y también encuadradas, ni estáticas ni aisladas, no nos enfocábamos en cómo el encuadre influenciaba la dinámica. Ahora, agregando a la perspectiva historiográfica la perspectiva contextual explicativa, descubrimos las siguientes oportunidades y amenazas notorias del proyecto:

Tabla 2

Esquema de síntesis de la segunda gran conclusión del trabajo de campo etnográfico

Oportunidades	Amenazas
Aportes	Obstáculos
<i>De la situación del grupo para las facetas de su producción integral: cooperación-autosustento, rentabilidad, retribución, regularización y continuación</i>	
1. Compromiso físico	1. Misma pobreza
2. Asistencia material	2. Formalización escasa
3. Enseñanza rural	-
4. Asesoramiento científico natural y administrativo	-
<i>Para los aspectos inmediatos a su producción: autonomía (y comunidad)</i>	
5. Asesoramiento científico social	3. Intromisión

3.1. Varias oportunidades y amenazas

Como vemos en la tabla 2, las oportunidades del proyecto para las facetas de la producción integral del grupo fueron principalmente cuatro aportes de su situación: el compromiso físico, la asistencia material, la enseñanza rural y el asesoramiento científico natural y administrativo. Mientras que las amenazas fueron ante todo dos obstáculos: la misma pobreza y la formalización escasa.

Empecemos por el lado de las oportunidades. El primer *aporte del compromiso físico* consistió en que *se realizó una entrega corporal*, que abonó el trabajo colaborativo y el alimento autoabastecedor. Muchas veces, la asociación puso piernas, torsos y brazos en el predio, para preparar la tierra, construir los bancales y sembrar hombro a hombro con el grupo. Así, en muchas ocasiones, agregó un servicio de vitalidad a la labor de solidaridad del mismo grupo. Y, en definitiva, a su obtención de una comida de autoprovisión.

En especial el presidente, aunque al comienzo también el vicepresidente y en el transcurso otro participante de la asociación, no sólo querían que cada participante del grupo usara las herramientas. También ellos mismos usaban la pala, la azada, la maza, el machete, el serrucho, la tenaza, la carretilla. Le daban a Andrés, Susana, María, Marta, Ana y Juana lo que esperaban de cada quien, sudando al lado suyo para que, en el fondo, construyeran un recurso para comer.

Ahora bien, el primer aporte ya nos lleva al lado de las amenazas, hacia el primer *obstáculo de la misma pobreza*. Es que se activó una *insuficiencia monetaria*, que atentó contra el trabajo y el alimento queridos. Algunas veces, la dificultad para pagar obstruyó al grupo para surtirse para cuidar las gallinas y los bancales. De esa forma, en algunas ocasiones, interfirió en la labor buscada. Y, en última instancia, en la obtención de la comida perseguida.

La escasez de dinero de cada participante del grupo reducía su capacidad de pago. Sea del combustible para su movilización. Sea del trámite de legalización de su transporte. Sea de cualquier otro bien o servicio con un precio demasiado alto para su ingreso recibido afuera del proyecto, pero necesario para desarrollar el mismo proyecto. Afirmaban que era caro cargarle nafta a sus autos y motos para moverse desde Ángel Gallardo a Avenida Blas Parera, hacia el comercio donde compraban el alimento para las gallinas. Insinuaban que no era barato hacer los papeles para manejar unos y otras hasta allá. De una manera u otra, expresaban que no les alcanzaba la plata para muchas cosas que les hacían falta.

Desde ya, no se hubiera debido esperar que ese dinero saliera de su propio ingreso recibido adentro del proyecto. Hubiera sido como demandarles que financiaran el mismo proyecto. Pero sí se hubiera podido esperar que todo el dinero saliera directo de la caja de la asociación. Ocurre que acá descubrimos una especie de "amenaza para la amenaza", una amenaza de segundo grado. Que fue que los fondos transferidos por la subsecretaría fueron insuficientes. Los \$700.000 no alcanzaron para cubrir el pago por el trabajo y también los pagos para ese trabajo. Que no quita que en paralelo descubramos una suerte de "oportunidad básica", una oportunidad sin la que el proyecto no hubiera podido ni empezar. Justamente, la transferencia de fondos. Sin los \$700.000, el proyecto era inviable desde el vamos.

La primera amenaza es muy significativa. Nos habilita a complejizar la situación de pobreza que atravesó al proyecto. La pobreza fue, junto a la vulnerabilidad, la carencia que lo fundamentó. Una carencia que en su mismo desarrollo tuvo cierta mejora, desde la concreción de casi toda la producción integral. Es decir, del medio planificado. Pero la pobreza fue, a su vez, un fuerte condicionamiento para ese medio orientado a su alivio.

Sin embargo, si la primera oportunidad tuvo su contrapeso, la primera amenaza también tuvo el suyo. La segunda oportunidad, el *aporte de la asistencia material*, consistió precisamente en que se *contrarrestó la activación de la insuficiencia monetaria, realizando una ayuda objetual*. Algunas veces, la asociación donó, prestó y usó cosas para que el grupo moderara la dificultad para pagar que lo obstruía para surtirse para cuidar las gallinas y los bancales.

Una de las cosas imprescindibles fueron los autos, con combustible y legalizados, que fueron brindados por participantes de la asociación y con los que se viajó a lugares diversos. Como al mismo comercio de Blas Parera, para comprar alimento para las gallinas. O, incluso, a otra provincia, cuando se viajó a Crespo, Entre Ríos, para comprar pollitas. Pero también fueron significativas otras cosas. Más que nada, herramientas de trabajo manual e intelectual. Instrumentos, como palas y cuadernos, para preparar la tierra, construir los bancales, sembrar, elaborar el cronograma y tomar apuntes durante los encuentros de conversación. Útiles que también fueron puestos a disposición por participantes de la asociación.

No obstante, acá también hubo un contrapeso, desde la segunda amenaza o el *obstáculo de la formalización escasa*. En el sentido de que se realizó un registro laboral mínimo, que incitó un conflicto de transparencia sobre la facturación. La asociación no medió para que todo el grupo, y no sólo una participante, se inscribiera al monotributo. Sin quererlo, instó a que se dudara de cuánto dinero le facturaba esa participante a la misma asociación y cuánto se apropiaba ella misma.

Enfaticemos el "sin quererlo", para evitar confundirnos. Así como la pobreza "no quiso" amenazar la producción orientada a aliviarla, sino que "lo hizo"; tampoco la asociación tuvo interés en dificultar esa producción. Al contrario, su interés fue facilitarla. De hecho, era lo que buscaba cuando medió para que una sola participante se hiciera monotributista. Así se ahorra en el pago del monotributo y también en el tiempo de realización del trámite. Pero el deseo de simplificación, por curioso que parezca, tuvo una consecuencia de complicación, una consecuencia no querida.

Después de que emergiera el contratiempo alrededor de la facturación, al presidente de la asociación se le ocurrió otro recurso, que era elaborar contratos de trabajo. Fue un recurso que la asociación no terminó usando. Pero que, sin duda, hubiera sido útil. Siempre y cuando no hubiera habido nadie del grupo que cobrara, de un modo u otro, en nombre del resto.

Desde acá, descubrimos las otras dos oportunidades, que fueron los *aportes de la enseñanza rural y del asesoramiento científico natural y administrativo*. La enseñanza consistió en que se transmitió un saber agrario. El asesoramiento, en que se convocó un saber agrónomo y contable. La asociación, algunas veces, introdujo una comprensión alrededor de la avicultura y la agricultura que ofreció soluciones para problemas que enfrentaba el grupo para cuidar las gallinas y los cultivos. Otras veces, en lugar de insertar el entendimiento de pertinencia, intervino para que alguien más lo hiciera. Concretamente, medió para que se introdujera una comprensión alrededor de otras áreas afines, la agronomía y la contabilidad, que ofreciera otras soluciones para los mismos u otros problemas.

Los problemas fueron desde cómo hacer el trámite del monotributo hasta cuánto alimento darles a las gallinas por día, pasando por qué abono usar para los bancales. Las soluciones, o al menos sus intentos fundados, llegaron desde las interpretaciones de participantes de la asociación y profesionales a quienes la misma asociación invitó. Como un contador y dos ingenieras agrónomas. Mientras el presidente de la asociación indicaba vías como usar gallinaza y, las ingenieras, otras como alimentar a cada gallina con no más de 100 gramos de alimento por día; el contador instruía el camino para hacer el monotributo desde el sitio web de la AFIP.

Por supuesto, esas interpretaciones no anulaban las propias interpretaciones de cada participante del grupo. Pero, si era necesario para mejorar la producción, sí las profundizaban. La indicación de las ingenieras no borró la propia indicación de Ana y Juana. Esa indicación de siempre tener un foco encendido en el pollitero, para calentar a las pollitas y evitar que murieran de frío, como ocurrió con cuatro de las 30 primeras. Pero sí ahondaba el supuesto de Susana, de darle a cada gallina mucho más de 100 gramos por día, sin medir.

3.2. Otras oportunidades y amenazas

En la tabla 2, vemos que las oportunidades y las amenazas del proyecto para los aspectos inmediatos a la producción fueron principalmente un aporte y un obstáculo para la autonomía: el asesoramiento científico social y la intromisión.

La oportunidad, o el *aporte del asesoramiento científico social*, fue una complementación del asesoramiento científico natural y administrativo. Como ocurrió con el saber agrónomo y contable, *se convocó un saber sociológico*. Pero, ahora, el saber abonó la independencia laboral, y ya no el trabajo para el alimento autoabastecedor. Algunas veces, la asociación medió para que se introdujera una comprensión alrededor de otra área fundamental del proyecto, la sociología. Una comprensión sociológica que también ofreciera soluciones. Aunque no para los problemas para generar bienes o facturar, sino para los problemas que enfrentaba el grupo para trazar su acción siguiente. Así, en algunas ocasiones, la asociación intervino para que se insertara otro entendimiento de pertinencia. Uno que nutriera la decisión en conjunto del grupo, en lugar de su labor.

El asesoramiento, y también la enseñanza, habían sido factores planificados de forma explícita por la asociación en el proyecto. CRIA (2021) los había sintetizado como "apoyo técnico-educativo" (p. 4). Incluso, había enfatizado el asesoramiento desde la sociología. El "ensayo sociológico" (p. 6) había sido una de las dos grandes claves del mismo nombre que le había dado al proyecto. Recordemos que el título era "Ensayo productivo y sociológico del manejo colaborativo de un predio rural".

Como vimos, el “ensayo sociológico” había sido encargado primero al INES. Y, después, a mí mismo.

Sin embargo, mientras el proyecto se desarrollaba, la asociación me fue encargando algo más. Aparte de comprender las creencias protagónicas y “evaluar” el proyecto, actuar sobre el grupo. Es decir, el encargo ya no era sólo que la asesorara a ella misma, sino también a su destinatario.

Para eso, intenté combinar dos estilos. Mientras intentaba mirar lo que me mostraba y escuchar lo que me decía cada participante del grupo, intentaba motivar a cada quien a discutir y decidir con el resto. Mi intento era que, como grupo, pudieran tomar sus propias decisiones, estableciendo sus propias discusiones, brindándoles cierta motivación. En el doble sentido de darles ánimo y razones para hacerlo. Donde la gran razón era justamente la centralidad de su decisión colectiva.

En un primer momento, intenté exponerle al grupo la dinámica y guiarlo para que la aplicara. En un segundo momento, fue el mismo grupo el que intentó exponerme a mí y a parte de la asociación que había podido aplicarla por sí solo. Con lo que, para mí, la dinámica había sido incorporada.

El primer momento fue a mediados de mayo del 2022. Charlaba con casi todo el grupo y sin nadie de la asociación. Les había preguntado sobre las “dificultades” que advertían y Andrés me respondió que eran “un montón”. Le pedí que me puntualizara una. Era la dificultad relativa a la movilización y el transporte. Se les complicaba ir a comprar el alimento para las gallinas al comercio de Blas Parera. Trasladé la pregunta al resto, que coincidió. Argumentaron que era lejos. No tenían los papeles de los autos. Y se justificaba ir hasta allá si traían más de una bolsa. Si bien tampoco podían traer en un solo auto cuatro o cinco bolsas. Seguí intentando que el intercambio de interpretaciones fluyera. Plantearon como opción comprar en su zona. Pese a que era más caro. Recién ahí intenté aclararles qué alternativas salían de lo que estaban pensando al hablar. Una, comprar más barato, pero moviéndose más lejos. La otra, moverse más cerca, pero comprando más caro. Para cerrar, también intenté aclararles que elegir una opción, descartando la otra, era algo que les correspondía como grupo. No al presidente ni al resto de la asociación.

El segundo momento fue a fines de agosto, en una escena que ya vimos. El presidente de la asociación había disentido con el grupo, que por intermedio de Susana le había preguntado si coincidía con lo que esos días habían elegido precisamente como grupo: ocuparse cada quien de un bancal, aparte de hacerlo en general de todos. La charla no avanzaba. Les pregunté qué quería el resto. Y todo el grupo coincidió. Les insistí en que lo central no era lo que quisiera la asociación. Era lo que quisieran como grupo, después de hablarlo. Y Susana confirmó que se lo habían apropiado. Me afirmó que ya lo sabían, por haberlo hablado conmigo.

En verdad, el encargo que me había hecho la asociación no era específicamente asesorar al grupo para que se autonomizara. Era que lo asesorara. Que mi asesoramiento se orientara en particular a su autonomización fue en sí mismo un ejercicio de autonomía. Fue mi propia decisión de trabajo, cuando percibí un alejamiento de lo que se había proyectado. O que, más que una oportunidad, emergía una amenaza para el grupo. Que no era otra que el *obstáculo de la intromisión*. Lo que ocurrió fue que *se realizó una injerencia excesiva*, que atentó contra la independencia laboral y terminó incitando un antagonismo contrario a la pertenencia y toda la experiencia. Algunas veces, la asociación trazó la acción siguiente del grupo sin considerar lo que hubiera trazado el mismo grupo. De esa forma, en algunas ocasiones, interfirió en su decisión en conjunto. Y, en definitiva, acaloró un doble conflicto. Uno que contrarrestaba la adscripción de cada participante al grupo de trabajo. Y el otro que contrarrestaba la afinidad de ella misma con el propio grupo.

Como vimos antes, mientras el grupo iba tomando sus propias decisiones, la asociación seguía tomando otras en nombre suyo. Quizás, para cierta reconducción, para reencauzar el proceso a algunos ideales implícitos del proyecto. Quizás, por olvido, por no recordar los explícitos. Fuera cual fuera su situación o su interés, acá volvió a ocurrir una consecuencia no querida. Que fue poner en riesgo un ideal central, como lo era que el grupo decidiera por sí mismo.

Además, la tensión entre lo que decidía la asociación y lo que hubiera decidido el grupo inflamó ciertos enfrentamientos. Enfrentamientos que ocurrieron entre interlocutores diversos. Por un lado, entre participantes del grupo. Por el otro lado, entre participantes de la misma asociación con participantes del propio grupo. Acá también hubo dos momentos significativos.

Cuando en febrero la asociación eligió como coordinador a Felipe, empoderó en el grupo a alguien que el mismo grupo nunca había admitido y que, de hecho, nunca admitiría. Para el presidente de la asociación, porque era ajeno a la familia. Según lo que él narró que le habían relatado Susana, María, Marta, Ana y Juana, dado que no trabajaba y sí cobraba. Acorde con lo que nos explicó Ana, puesto que les había avisado que él reemplazaba a su pareja, Santiago. Podría haber sido por alguna de esas razones, varias o todas. Pero también por una relativa a la forma de la elección en sí misma. Felipe no fue elegido por el grupo. Fue elegido por la asociación. Y, entonces, fue impuesto.

Cuando siete meses después Susana y Juana confrontaron con el presidente de la asociación, no lo hacían por iniciativa, sino como reacción. El presidente había adoptado una queja ajena, que le había transmitido la funcionaria del Ministerio de la Nación que había visitado al grupo. Caminando entre los bancales, el presidente había juzgado que estaba todo "desprolijo", insinuando que lo tenían que emproljar.

Ante lo que Susana también lo criticó: “nos pedís el doble de lo que podemos”. Un rato después, el presidente les indicó que las siguientes semillas a comprar tenían que ser de un tipo, de cultivos más consistentes. Juana disintió, planteando que tenían que ser de otro tipo, de verduras de hoja, como la lechuga. Lo planteó con un tono alto. El presidente demandó que no lo “embromaran”. Y se alejó, yendo a sentarse solo, debajo del árbol al costado de la casa principal. De nuevo, la asociación intentaba elegir qué y cómo producir. Pero el grupo se resistía, interpretando que no podía o no quería seguir lo elegido por ella.

Esos y otros enfrentamientos se terminaron desvaneciendo. La cuestión alrededor de Felipe, con su desadmisión por parte del mismo grupo y su propia aceptación de su salida. La cuestión alrededor de los bancales, con un pedido de disculpas por parte del presidente de la asociación y una minimización de lo ocurrido por parte del grupo. Como recordó María con una sonrisa después de haber escuchado un sentido “perdón” de boca del presidente: cuando eran chicas les pasaba lo mismo con su “papá”, pero a ellas les “entraba por un oído” y les “salía por el otro”.

Ahora bien, no era verdad que lo que les entraba por un oído les salía por el otro sin incidir en lo que sentían, pensaban y hacían. Al contrario, lo que la asociación quería para el grupo influía, y mucho, en el mismo grupo. Inclusive, forzaba a sus participantes a defenderse de su “papá”. Claro, no de su papá de carne y hueso, que como padre y también abuelo vivía en el predio. Sino de su ‘papá’ en el plano de lo que hay y no hay que hacer. Ese “Padre”, con mayúscula, que suele establecer los mandatos a seguir. El Padre, como autoridad, al que los sectores populares están tan acostumbrados. El hiperprotagonista del paternalismo, tan habitual entre actores políticos y religiosos que quieren ayudar a otros actores. Y al que CRIA, lejos de querer reproducir, quería combatir, a pesar de que lo terminó reproduciendo.

Por ende, el combate fue mucho más complejo de lo que parecía. La asociación debió combatir la pobreza y la vulnerabilidad del grupo combatiendo su propia carencia. Y eso sin contar todas las otras amenazas, más allá de las más inmediatas que analizamos recién. Esas amenazas menos directas, que fueron desde el conflicto en la misma asociación hasta la inflación, pasando por la falta de fondos para el pago de honorarios a profesionales. Así y todo, más allá de que hubo participantes de la asociación que la abandonaron por su tensión con alguien más, reduciendo aún más el ya reducido involucramiento; más allá de que los precios de los bienes y servicios necesarios para desarrollar el proyecto aumentaban semana a semana; más allá de que por mi trabajo y este informe, realizados durante 16 meses, cobré un monto que sólo me alcanzó para pagar medio mes de alquiler; más allá de todos los riesgos para que la experiencia fallara, la experiencia no falló.

III. La conclusión sociológica

El uso de una pequeña unidad social como el núcleo de una investigación sobre problemas que pueden encontrarse en una gran variedad de unidades sociales más grandes y diferenciadas posibilita la exploración de estos problemas con gran detalle, como en un microscopio, por decirlo de alguna manera
Norbert Elias, *Establecidos y marginados*

1. La semilla y el clima del sudor de la tierra

Cuando unimos las dos grandes conclusiones etnográficas ya expuestas, podemos sacar una sola conclusión sociológica de síntesis de toda la investigación.

Si el proyecto abrió muchas fortalezas y una debilidad sobresalientes en la producción del grupo rural Piedrabuena de Ángel Gallardo; y si implicó varias oportunidades y amenazas notorias respecto de la misma; entonces, *el proyecto fue la génesis de un proceso de producción en situación del grupo donde: 1) aunque la situación fue favorable y también adversa; 2) la génesis fue más lograda que fallida.* O, para decirlo con una metáfora que convoca al imaginario de la ruralidad: si bien el "clima" fue propicio y también hostil, la "semilla" fue más fértil que estéril.

2. Algunas recomendaciones para experiencias futuras

Porque el "sudor de la tierra" terminó siendo fructífero, ¿qué recomendaciones podríamos hacer para experiencias futuras a este proyecto que quisieran iniciar, profundizar o consolidar su producción exitosa? Según la conclusión sociológica que sacamos recién, y desde la investigación que la sustenta y expusimos a lo largo de este informe, podríamos introducir principalmente las siguientes:

1. *Identificar si el obstáculo que fundamenta a la experiencia futura, y la utilidad que la orienta, se adecúan al medio que usó este proyecto.*

Si el obstáculo que se percibe no es la *pobreza* ni la *vulnerabilidad* de algunas familias o personas, sino otro de la sociedad donde vivimos, como la inseguridad de existencia; para afrontarlo no sería una vía apropiada la *producción integral*.

Si el obstáculo sí es la pobreza o la vulnerabilidad, pero si la utilidad que se imagina ya es de máxima, o la eliminación o la erradicación, y no de base, o la mejora o el alivio; sí sería una vía apropiada esa producción, aunque sólo en el largo plazo, para nada en el corto, como fue en este caso.

2. *Identificar qué del medio usado en este proyecto se adecuaría a qué utilidad orientativa y qué obstáculo fundamental de la experiencia futura.*

Puede ocurrir que se tenga alguna certeza de que algo de la producción integral sirve, aunque se tenga alguna duda sobre para qué.

Si, como en este caso, se emprende una *producción retribuida, regularizada y continuada*, se puede esperar que se despunte un alivio de la vulnerabilidad. Logrando impulsar un trabajo meritorio para un pago adecuado, un trabajo registrado y un trabajo prolongado, es probable que se apacigüe la injusticia, la informalidad y la brevedad laboral. Pero, si en lugar de destinar la producción a los sectores populares se la destina a los sectores medios, también se pueden esperar otros despuntes. Como de un atenuante de la inestabilidad, no permanente, pero sí habitual, del trabajo de profesión.

Si, también como en este caso, lo que se emprende es una *producción autosustentable*, lo que se puede esperar entre otras cosas es que despunte un alivio de la pobreza. Es decir, en cuanto lo que se logre sea impulsar un trabajo para un alimento autoabastecedor, lo que es probable es que se apacigüe la insatisfacción alimentaria. Pero sería en vano esperar que se apaciguaran otras insatisfacciones básicas. Por ejemplo, de vestimenta, vivienda o transporte. Para lo que se necesitaría emprender una *producción rentable*, logrando impulsar un trabajo adicional para un ingreso extra, a diferencia de lo que ocurrió en este caso.

3. *Advertir que hay valores de este proyecto que, devenidos partes de su medio, pueden servir a la experiencia futura.*

La *cooperación* y la *autonomía* dejaron de ser sólo características queridas de forma última. Y pasaron a ser también características queridas para algo más. Cuando eso ocurrió, se progresó.

Con la colaboración en el trabajo, el grupo pudo avanzar hacia donde, en disputa, no hubiera avanzado.

Con la falta de independencia en las decisiones de trabajo, con la dependencia del grupo respecto de la asociación, no hubo armonía, sino antagonismo. Un antagonismo que interrumpió la marcha, llegando a ponerlo todo en jaque.

Como la labor de obtención de la comida de autoprovisión; la labor de justificación de los honorarios; la labor de añadidura para las ganancias; la inscripción de la labor; y el sostén de la misma; también la labor de solidaridad y la decisión en conjunto pueden ser imprescindibles como recursos, más que como ideales.

Que es una percepción primitiva, y no novedosa, en la historia del cooperativismo. Ya uno de los intelectuales que más estudió al movimiento en su misma génesis, el economista francés Charles Gide, lo planteaba en una ponencia de un congreso pionero. En su "Discurso de apertura del Segundo Congreso de las Sociedades Cooperativas de Consumidores de Francia", Gide ([1886] 1974) ya afirmaba: que la "práctica de la cooperación" posibilita "elevar el género de vida de la clase obrera" (p. 32). Y que el "arte de la conducción" de algunos "asociados" sobre otros posibilita el mismo "éxito en la sociedad cooperativa" (pp. 39-40).

4. *Reconocer que algunas características de este proyecto pueden parecer errores a evitar en la experiencia futura, pero que son contingencias superables.*

La falta de *interés* no debe ser evaluada como pereza. Debe ser problematizada. Conviene preguntarse por qué hay quienes no tienen deseo de trabajo o de la acción central que se planifique. No conviene culpar de "vagos" a quienes sientan desánimo, y no entusiasmo, ante lo que más se quiera hacer.

Tampoco la *comunidad* debe ser evaluada desde la presencia o la ausencia de protagonistas en la interacción. Se la debe conectar con su tipo de posición ante esa interacción, una posición de enlazamiento o desenlazamiento. Acá lo que conviene averiguar es si quienes participan tienen pertenencia, de trabajo o lo que fuera que se haga en compañía. ¿Adscriben al grupo? ¿Creen que son partes que se combinan entre sí en el todo que forman practicando algo? ¿Hay un "nosotros" que predomina sobre cada "yo"? ¿O hay muchos "yo" que predominan sobre un "nosotros", casi imperceptible o de lleno inexistente? Tampoco conviene culpar de "perdidos" a quienes a veces no practiquen lo que suele practicar el resto. ¿Cuál es la utilidad de la deslegitimación por alguna inacción? ¿Para qué sirve la crítica por cierta falta de participación? ¿No será mejor reemplazar el recelo por el conocimiento? ¿O recurrir al conocimiento para que no emerja justamente el recelo?

Recelando a quienes participan, lo único que se suele conseguir es expresar la ideología propia o alterar la psiquis ajena. Pero, si lo que se quiere es progresar, lo que conviene es conocer. Conociendo, lo que antes emergía como una equivocación que se tendría que haber eludido controlando la realidad, ahora emerge como un imponderable que se puede sortear después de ocurrir.

5. *Reconocer que ninguna característica de este proyecto es estática o ensimismada; al contrario, cada una es dinámica y encuadrada: incluso, cualquiera es un antecedente que opera como condicionamiento para la experiencia futura.*

La producción integral, como el medio para el fin de alivio de la pobreza y la vulnerabilidad, empezó siendo insuficiente. El interés para la producción empezó siendo insuficiente. La autonomía para la misma empezó siendo insuficiente. La comunidad alrededor de ella empezó siendo insuficiente. Pero, más allá de la insuficiencia del comienzo, casi todos los rasgos terminaron siendo suficientes. Excepto la rentabilidad, lo terminaron siendo la cooperación de autosustento, la retribución, la regularización, la continuación, el deseo, la independencia en las decisiones y la pertenencia.

Ahora bien, si en el cierre en general hubo suficiencia, de forma que hubo muchas fortalezas; no fue sólo porque el grupo usó ciertos recursos que ya tenía. También fue porque dispuso de varias oportunidades. Principalmente, el compromiso físico, la asistencia material, la enseñanza rural, el asesoramiento científico natural y administrativo, y el asesoramiento científico social. La entrega corporal, la ayuda objetual y el saber agrario fueron oportunidades iniciadas por la asociación. El saber agrónomo, el saber contable y el saber sociológico fueron oportunidades administradas por ella, invitando y contratando a profesionales.

Y al revés. Si en el cierre en particular siguió habiendo una carencia, de manera que hubo una debilidad; tampoco fue únicamente dado que el grupo no usó ciertos recursos o que ni los tenía. De nuevo, también fue dado que enfrentó varias amenazas. Ante todo, la misma pobreza, la formalización escasa y la intromisión. Las insatisfacciones básicas y monetarias, junto a las restricciones laborales, fueron las amenazas que ya estaban presentes antes del mismo comienzo. De hecho, fueron las que lo fundamentaron. En cambio, el registro laboral mínimo y la injerencia excesiva fueron las amenazas que, sin quererlo, trajo la asociación.

¿Todo eso significa que siempre que se pongan piernas, torsos y brazos en el terreno; que se donen, presten y usen cosas respecto de quienes vivan o circulen en él; y que se introduzcan, o se medie para que se introduzcan, comprensiones que les ofrezcan soluciones; la experiencia va a tener éxito?

¿Significa también que siempre que no se medie para que se adhieran en general al monotributo; y que se trace su acción siguiente sin considerar lo que hubieran trazado; la experiencia va a tener alguna carencia?

Desde ya, no. Sólo significa que, si se acompaña así a quien pone su propio cuerpo en juego para intentar salir adelante, la experiencia puede tener éxito. Y que, si en una de esas se resbala de esa forma y sin buscarlo, la experiencia puede tener alguna carencia. Al menos eso es lo que pudimos aprender con este proyecto. Quedará para las experiencias futuras lograr otras génesis de otros procesos de producción en situación. O que la "semilla" de este "sudor de la tierra" vaya teniendo el "clima" propicio para seguir creciendo, hasta dar "frutos abundantes".

Bibliografía

- Achilli, E. (2015). *Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde.
- Bourdieu, P. (2019). *Curso de sociología general 1. Conceptos fundamentales. Collège de France, 1981-1983*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno (2015).
- Corcuff, P. (2013). *Las nuevas sociologías*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno (2007).
- Durkheim, É. (2008). *La división del trabajo social*. Buenos Aires: Gorla (1893).
- Elias, N. (1982). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica (1969).
- Elias, N. (1990). Compromiso y distanciamiento (1956). En N. Elias, *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento* (págs. 9-60). Barcelona: Península (1983).
- Elias, N., & Scotson, J. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México: Fondo de Cultura Económica (1965).
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu (1984).
- Gide, C. (1974). La cooperación y el partido obrero en Francia (1886). En C. Gide, *El cooperativismo* (págs. 15-43). Buenos Aires: Intercoop.
- Giupponi, G. (2017a). Los Cursillos de Cristiandad. Un movimiento católico comunitario. *Revista de la Escuela de Antropología, XXIII*, 191-208.
- Gutiérrez, A. (2015). *Pobre!... como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Euvim.
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta-De Agostini (1922).
- Mead, G. (1973). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductivismo social*. Barcelona: Paidós (1934).
- Merklen, D. (2000). Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines

de los 90. En M. Svampa, *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (págs. 81-119). Buenos Aires: Biblos.

Morin, E. (1998). Sobre la interdisciplinariedad. *Primer Congreso Mundial de Transdisciplinariedad*. Setúbal: Comunidad de Pensamiento Complejo (1994).

Ragin, C. (2007). *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre (1994).

Trevignani, V., Stehli, M., Giupponi, G., & Beltramino, T. (2018). *Estudio socio-sanitario para la radicación de médicos en el norte santafesino 02. Análisis de los incentivos para la radicación de médicos y becas para estudiantes de medicina en los departamentos de General Obligado, Vera y 9 de Julio*. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones.

Weber, M. (2006). La "objetividad" cognoscitiva de la ciencia social y de la política social (1904). En M. Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica* (págs. 39-101). Buenos Aires: Amorrortu (1922).

Weber, M. (2008). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. (J. M. Echavarría, Trad.) México: Fondo de Cultura Económica (1922).

Weber, M. (2012). *Historia económica general*. México: Fondo de Cultura Económica (1923).

Fuente documental de base

Asociación Civil Pro Comunidades Rurales Integrales con Arraigo (CRIA) (2021). *Ensayo productivo y sociológico del manejo colaborativo de un predio rural*. Santa Fe: Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación, Subsecretaría de Proyectos Científicos Tecnológicos, Ministerio de Producción, Ciencia y Tecnología del Gobierno de Santa Fe.

Sobre el autor

Sociólogo. Investigador asesor y académico. Docente universitario.

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Doctorando en Antropología en la Universidad Nacional de Rosario (UNR), en espera de la finalización de la evaluación por el tribunal de defensa de tesis. Ex Becario Interno Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias (FHUC) de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina. Miembro de Sociología del Litoral Asociación Civil (SLAC).

Participante de múltiples y diversos proyectos, como: "Comités de Salud y Seguridad en el Trabajo en la Provincia de Santa Fe" (en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social del Gobierno de Santa Fe); "Estudio socio-sanitario para la radicación de médicos en el norte santafesino" (en el Ministerio de Salud del Gobierno de Santa Fe, para el Consejo Federal de Inversiones); "Expresiones del catolicismo, del evangelismo, del judaísmo y el islam en la Argentina y en las fronteras del Mercosur" (en la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica); "Transformaciones culturales contemporáneas: identidades y estilos de vida" (en la Universidad Nacional del Litoral); "Representaciones sociales sobre la pobreza en Santa Fe y la región" (en la Universidad Católica de Santa Fe). Miembro del Centro de Estudio sobre Diversidad Religiosa y Sociedad (CEDIRS), de la Universidad Nacional de Rosario. Especialista en sociología de la religión, la comunidad, la pertenencia, el rito y el conocimiento.

Profesor adjunto a cargo de Epistemología de las Ciencias Sociales y Diseño de Trabajo de Integración Final (TIF) de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF). Profesor adjunto a cargo de Problemática Sociocultural Contemporánea de la Licenciatura en Psicología de la misma universidad. Profesor a cargo de La sociología de Anthony Giddens de la Licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF), en convenio con la Universidad de La Punta (ULP).